CARNE:

BESTIARIO DEL HORROR

Versión Extendida – Obra Completa

CARNE
BESTIARIO DEL HORROR
Versión Extendida

© 2026 Bombito
Todos los derechos reservados.

Este compendio de 50 páginas es propiedad intelectual de Bombito.
Escrito en las sombras, lejos de la línea de producción.

Sigue el desarrollo de MEAT en:

https://x.com/Siposo1222

"Porque preguntar es lo único que nos hace humanos."

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida sin permiso expreso del autor.

PRÓLOGO: LA FÁBRICA

La línea de producción nunca se detuvo.

Antes de las vacas, antes de las alfombras, antes de las masas llorosas y los corredores de manos, hubo un día en que la humanidad decidió que la carne era materia prima. Ese día no tiene fecha. No porque se haya perdido en los archivos, sino porque se repitió tantas veces que se volvió el único día.

El día en que un operario apretó un botón y una prensa descendió sobre un cuerpo que aún respiraba.

El día en que un supervisor dijo "siguiente" sin levantar la vista.

El día en que la cantina ofreció ración extra de proteína y nadie preguntó de dónde venía.

Las guerras fueron la excusa. Los monstruos fueron la consecuencia. Pero la línea nunca se detuvo. Solo cambió de dueño.

Lo que vas a leer no es un cuento. Es un manual de mantenimiento. Instrucciones para el manejo de carne humana. Porque eso es lo que somos. Lo que fuimos. Lo que seguimos siendo en los pasillos de naves abandonadas, en los tanques de vidrio, en los pastos azules bajo estrellas muertas.

Bienvenido a la fábrica.

La Línea de Producción

La nave de procesamiento tenía el tamaño de una ciudad. Sus pasillos se extendían por kilómetros, sus cámaras se contaban por cientos, sus máquinas no se detenían nunca. En su interior, el olor era una entidad. Una mezcla de sangre seca, amoníaco, formol, aceite caliente y un dulzor de fondo que los técnicos llamaban `el olor del pánico`. Era el aroma de las glándulas suprarrenales vaciándose en cadáveres que aún no sabían que estaban muertos.

La línea de producción era un río de metal y carne. Comenzaba en los tanques de cultivo, donde los cuerpos crecían en filas de cien, colgados de tubos que les introducían nutrientes y hormonas. Los cuerpos eran humanos en apariencia, pero no en esencia. Carecían de dedos en los pies porque los dedos de los pies eran inútiles en combate; tenían los pulmones sobredimensionados para resistir atmósferas tóxicas; la piel estaba impregnada de queratina sintética para resistir cortes y quemaduras. Los cerebros se desarrollaban sin conexiones emocionales, sin centros de placer, sin la capacidad de sentir miedo o piedad. Eran autómatas de carne, programados para obedecer.

Cuando los cuerpos alcanzaban la madurez, se extraían de los tanques con grúas que los enganchaban por los tendones de Aquiles. Colgaban boca abajo, chorreando líquido amniótico, con los ojos abiertos pero vacíos, con las bocas abiertas en un suspiro perpetuo. Los operarios —humanos que habían vendido sus cuerpos a cambio de una prolongación de su conciencia, o prisioneros de guerra condenados a trabajos forzados— los llevaban a las mesas de armamento.

En las mesas de armamento, los cuerpos recibían sus implantes. Cañones de plasma se fusionaban con la clavícula mediante un proceso de osteointegración que tardaba horas y requería que el cuerpo

estuviera consciente para que los huesos crecieran alrededor del implante. Los cuerpos gritaban durante el proceso, porque aunque carecían de miedo y piedad, conservaban la capacidad de sentir dolor. El dolor era un mecanismo de control: un soldado que no sintiera dolor no sabría cuándo su cuerpo estaba llegando al límite. Así que los diseñadores dejaron el dolor intacto, o incluso lo aumentaron, para que los soldados supieran cuándo debían detenerse.

Las cuchillas retráctiles se implantaban en los antebrazos, con mecanismos que las hacían salir al ritmo del pulso. Los proyectiles de los cañones de plasma se alimentaban del calcio extraído de los huesos, lo que significaba que los soldados tenían que consumir grandes cantidades de calcio para mantener su munición. Se les suministraba una pasta blanca, insípida, hecha de huesos triturados de soldados caídos, para que pudieran seguir disparando.

Al final del proceso, los soldados se levantaban de las mesas con las heridas aún abiertas, con la piel cosida a la fuerza, con los implantes emitiendo un zumbido constante que vibraba en sus dientes. Se les formaba en filas de cien, se les asignaba un código de barras tatuado en la frente, y se les cargaba en naves de transporte como si fueran sacos de grano.

Las naves apestaban a sudor, a miedo, a fluidos corporales que no habían sido limpiados. Los soldados se balanceaban con los movimientos de la nave, chocando unos contra otros con un sonido sordo de carne contra carne. En los momentos previos al combate, cuando los algoritmos de control se relajaban para ahorrar energía, algunos soldados recuperaban fragmentos de sus recuerdos. Porque no todos los soldados eran artificiales. Muchos eran ciudadanos que habían sido `reclutados` —sus conciencias extraídas de la red, sus cuerpos donados a la causa, sus nombres borrados de los registros— y en los momentos de calma, antes del salto, recordaban. Recordaban el olor de la lluvia en un planeta que ya no existía. Recordaban el sonido de la risa de un niño. Recordaban que alguna vez tuvieron un nombre.

Luego las compuertas se abrían, y los algoritmos se activaban al máximo, y los recuerdos se apagaban como velas en un huracán.

El Operario

Dorian había trabajado en la línea de producción durante tres años. Antes había sido recolector de cadáveres en los campos de batalla. Antes había sido soldado. Antes había sido civil. Su memoria era un archivo de recuerdos fragmentados, como una grabación que se había grabado encima demasiadas veces. Sabía que había tenido una madre, pero no recordaba su cara. Sabía que había nacido en un planeta con océanos, pero no recordaba el olor del mar. Sabía que alguna vez había sido otra persona, pero esa persona estaba muerta.

Ahora era OPERARIO 734. Su tarjeta de identificación colgaba de su cuello con un cordel grasiento. No había foto. Las fotos eran para los que todavía tenían cara.

La suya era una máscara de cansancio. Ojos hundidos, párpados caídos, una cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda desde que una sierra de hueso se había atascado hace dos años y le había saltado a la cara. Los labios, agrietados por el aire seco de la nave, se movían sin emitir sonido, repitiendo la misma letanía de siempre: turno de ocho horas, descanso a las dos, raciones de proteína en la cantina, volver a la línea, ocho horas más, dormir, ocho horas más, dormir, ocho horas más.

El día se repetía. El día era siempre el mismo.

En la prensa hidráulica, Dorian había visto miles de cuerpos convertirse en láminas. Al principio había intentado ayudarlos. Una vez, en sus primeras semanas, había visto a un niño —un niño de no más de diez años, con la parte inferior ya convertida en becerro, pero la cara todavía intacta— que le había agarrado la mano mientras la cinta lo llevaba hacia la prensa. El niño había dicho `por favor`. Dorian había intentado parar la máquina. Había metido la mano en el panel de control, había apretado el botón de emergencia, había gritado a los supervisores que vinieran a ver, que había un niño, que no podían, que no podían.

El supervisor había llegado. Había mirado al niño. Había mirado a Dorian. Había sacado una pistola de plasma y le había disparado al niño en la cabeza. No para matarlo —los cuerpos transformados no morían tan fácil—, sino para callarlo. El niño había seguido moviendo la boca, pero ya no salían palabras. Solo sangre. Sangre negra, espesa, que goteaba sobre la cinta transportadora y se mezclaba con los lubricantes.

El supervisor había apretado el botón de emergencia otra vez, había reactivado la línea, y se había ido. Dorian se había quedado mirando cómo la prensa descendía sobre el niño, cómo los huesos crujían, cómo la carne se aplastaba, cómo los ojos del niño, todavía abiertos, todavía humanos, seguían mirándolo desde la lámina de dos centímetros que quedaba en la cinta.

Después de eso, aprendió a no mirar. A no escuchar. A no sentir.

Ahora, cuando la cinta traía un cuerpo, Dorian miraba el reloj. Contaba los minutos para el descanso. Calculaba cuántos cuerpos quedaban para completar la cuota. A veces, cuando la operaria 562 —una mujer que había perdido el ojo izquierdo en un accidente con una sierra de plasma— le preguntaba qué había en la cantina, él se encogía de hombros y decía `proteína, siempre proteína`. Y ella bostezaba. Y él también bostezaba. Y la prensa subía y bajaba, y los cuerpos se aplastaban, y el tiempo pasaba.

Esa era la fábrica. No el grito. El bostezo.

CAPÍTULO I: LAS VACAS – LOS DÓCILES

1. Origen

Las primeras vacas no nacieron en un pasto azul. Nacieron en la flota de Elara, en la nave capitana, en la bodega de carga donde Mira dormía entre los animales que había rescatado de aquel primer mundo de granjas. Los Kix las crearon en el momento mismo del encuentro, cuando la forma gris se desplegó sobre las naves y sus tentáculos de sombra tocaron la carne de los tripulantes.

Los Kix seleccionaron a los civiles. No a los soldados, no a los que habían luchado. A los que habían cultivado la tierra, criado hijos, soñado con futuros. Tal vez fue por crueldad: hacer que los más inocentes sufrieran la transformación más larga. Tal vez fue por pragmatismo: los soldados eran más útiles como masas llorosas para lubricar sus máquinas. Tal vez fue al azar. Los Kix nunca explicaron sus criterios. El aburrimiento no tiene por qué ser coherente.

La transformación duró minutos. Los civiles sintieron cómo sus huesos se licuaban y se reconfiguraban, cómo sus extremidades superiores se fusionaban en una sola estructura que terminaba en una pezuña bifurcada, cómo sus columnas vertebrales se alargaban para sostener vientres abultados, cómo sus glándulas mamarias se multiplicaban hasta rozar el suelo. Sus rostros se estiraron hacia adelante, formando hocicos sin mandíbula funcional. Sus lenguas se atrofiaron. Sus cuerdas vocales se deformaron. Pero sus cerebros permanecieron intactos.

Los Kix dejaron la conciencia intacta porque la carne consciente sabe mejor. Porque la leche de una vaca que recuerda haber sido madre tiene un sabor más amargo, y los Kix preferían el amargor. Porque el mugido de una vaca que intenta decir por favor es más interesante que el mugido de una vaca que no piensa.

En los días siguientes, los Kix llevaron las vacas a los planetas de pasto azul. Había docenas de esos mundos, distribuidos por la galaxia como granjas en un campo infinito. Cada planeta tenía su propia atmósfera, su propia gravedad, su propia calidad de luz. Pero todos compartían el pasto azul —una hierba genéticamente modificada por los Kix para ser indestructible, para crecer bajo cualquier sol, para producir una savia espesa que alimentaba a las vacas sin necesidad de que movieran la cabeza— y todos compartían las naves de procesamiento enterradas bajo la superficie.

En esos mundos, las vacas pastaron durante millones de años. Fueron ordeñadas por máquinas automáticas que se enganchaban a sus ubres con tubos de metal frío. Fueron inseminadas por robots que no conocían la ternura. Fueron sacrificadas cuando su carne alcanzaba el punto óptimo de marmoleo, y sus cuerpos se convertían en filetes que los Kix consumían en sus naves, mientras miraban el vacío interestelar a través de ventanas que no eran ventanas.

Pero los Kix no solo crearon vacas en aquellos primeros días. A lo largo de los millones de años que duró su juego, siguieron transformando humanos en rumiantes. Cada vez que encontraban una colonia que no había sido tocada, cada vez que capturaban una nave que intentaba huir, cada vez que se aburrían de otras formas, volvían a las vacas. Era su especie favorita. La más simple. La más duradera. La que mejor conservaba la memoria en el fondo de la carne.

2. Anatomía

La vaca humana, en su forma estable, es un mamífero de cuatro patas con una altura media de 1.2 metros en la cruz y una longitud de 2.5 metros desde el hocico hasta la base de la cola. Su peso puede variar entre 400 y 800 kilos, dependiendo de la calidad del pasto y de la frecuencia del ordeño.

El cráneo ha sufrido las transformaciones más profundas. La mandíbula inferior se ha fusionado con el maxilar superior en una estructura ósea continua, eliminando la capacidad de abrir la boca más de un par de centímetros. Los dientes han sido reemplazados por placas de queratina sintética, diseñadas para triturar el pasto azul sin desgastarse. La nariz se ha desplazado hacia adelante, formando un hocico ancho y húmedo, con fosas nasales que pueden cerrarse herméticamente para evitar la inhalación de polvo. Los ojos se han desplazado a los lados del cráneo, proporcionando un campo visual de casi 360 grados, pero perdiendo la visión binocular. El implante neuronal —un disco de metal del tamaño de una moneda, incrustado en la base del cráneo, con cables que se hundían en la médula espinal— es el único vestigio visible de la antigua tecnología humana. Con el tiempo, la piel ha crecido sobre él, cubriéndolo con una capa de tejido cicatricial que forma una protuberancia dura en la nuca.

Las extremidades superiores han desaparecido como estructuras independientes. Los brazos se han fusionado con el torso, sus huesos se han reabsorbido o se han convertido en parte de la caja torácica. Solo las manos sobreviven, pero transformadas: los dedos se han fusionado en una estructura sólida, las uñas se han engrosado hasta formar una pezuña bifurcada. En algunos especímenes, es posible sentir, bajo la piel del hombro, los restos de la clavícula y el húmero, como piedras en un río seco.

Las extremidades inferiores se han convertido en patas robustas, con huesos más gruesos y densos para soportar el peso del cuerpo. Las rodillas se han invertido, una adaptación común en los rumiantes. Los pies han desaparecido, reemplazados por pezuñas sólidas de queratina, sin dedos, sin uñas, sin rastro de lo que fueron.

El torso se ha alargado y ensanchado. Las costillas se han expandido para albergar un sistema digestivo adaptado a la celulosa del pasto azul. El estómago se ha dividido en cuatro cavidades, como en los bovinos terrestres, pero con una diferencia: la primera cavidad, el rumen, contiene una colonia de bacterias sintéticas que los Kix implantaron en las primeras vacas y que se han transmitido por herencia durante millones de años. Esas bacterias no solo digieren la celulosa; también segregan una enzima que mantiene el implante neuronal en funcionamiento, asegurando que la conciencia nunca se apague.

Las glándulas mamarias se han multiplicado. Las vacas humanas tienen entre cuatro y seis ubres, dispuestas en una fila a lo largo del vientre. Cada ubre produce una leche espesa, de color grisáceo, con un alto contenido en grasas y un sabor amargo que los Kix apreciaban especialmente. La leche contiene trazas de hormonas del estrés, incluso en las vacas que han pastado tranquilamente durante siglos. El estrés es un estado basal en la vaca humana. No puede no estar estresada. Su cuerpo produce cortisol y adrenalina en cantidades que matarían a un bovino normal, pero ella está diseñada para resistirlo.

La piel es gruesa, de un gris que varía del claro al oscuro, con pelos cortos y ásperos que crecen en parches irregulares. Bajo la piel, una capa de grasa aísla del frío y almacena energía para los largos períodos de escasez. La grasa tiene un olor característico, una mezcla de leche fermentada y metal oxidado, que impregna todo el cuerpo y se intensifica con la edad.

Los órganos internos han sido reconfigurados para maximizar la eficiencia y la durabilidad. El corazón es un músculo de crecimiento continuo, capaz de latir durante siglos sin fallar. Los pulmones son

membranas porosas que extraen oxígeno incluso de atmósferas pobres. Los riñones filtran toxinas que matarían a cualquier mamífero terrestre. El hígado regenera cualquier daño en cuestión de días. El sistema nervioso, protegido por una vaina de queratina, es prácticamente indestructible.

Pero el cerebro es el órgano más importante. El cerebro de la vaca humana tiene el mismo tamaño y estructura que el cerebro de un humano normal. Las áreas del lenguaje están atrofiadas —las conexiones neuronales que permitían articular frases complejas han sido deliberadamente cortadas por el implante— pero no muertas. En los momentos de mayor estrés, o cuando la vaca está a punto de ser sacrificada, algunas de esas conexiones pueden reactivarse parcialmente, permitiendo la articulación de una o dos sílabas. Por eso los mugidos de las vacas, cuando están en el matadero, suenan como palabras. Por eso una vaca puede decir por antes de que la sierra la corte en cuatro partes.

El implante neuronal es el verdadero carcelero. Es un disco de metal negro, de 3 centímetros de diámetro, con cien mil agujas microscópicas que se insertan en el cerebro y la médula espinal. El implante cumple tres funciones: atrofia las áreas del lenguaje, mantiene la conciencia en un estado de vigilia perpetua (las vacas humanas no duermen; solo entran en estados de reposo donde su conciencia sigue funcionando, aunque a menor intensidad), y transmite una señal de localización a los sistemas de los Kix para que sepan en todo momento dónde está cada vaca. Cuando los Kix se fueron, los implantes siguieron funcionando, alimentados por la energía de las bacterias del rumen. Siguen funcionando hoy. Seguirán funcionando mientras haya pasto azul.

3. Psicología

La mente de una vaca humana es un abismo.

Imagina que eres una persona. Tienes un nombre. Tienes recuerdos. Sabes que naciste en un planeta con océanos, que tuviste una madre que te cantaba canciones, que aprendiste a leer, que amaste a alguien, que perdiste a alguien, que trabajaste, que soñaste, que tuviste miedo, que tuviste esperanza. Toda esa información está en tu cabeza, nítida, viva, como si hubiera pasado ayer.

Pero no puedes hablar. No puedes decir tu nombre. No puedes llamar a tu madre. No puedes decirle a la persona que camina frente a ti que alguna vez fuiste una persona. Solo puedes mugir. Y en tu mugido, si te esfuerzas mucho, si concentras toda tu voluntad en esa sílaba que está al borde de tu lengua deformada, puedes decir por. O a veces a. O a veces no. Pero nunca más.

Tu cuerpo no te pertenece. Es un cuerpo de vaca. Tiene cuatro patas, pezuñas, una cola. Te pasas el día pastando, moviendo la cabeza de un lado a otro, arrancando el pasto azul con tu lengua áspera. El pasto sabe a metal, a tierra, a algo que no puedes describir. No sabes si te gusta o no te gusta. Ya no sabes lo que es que algo te guste. Solo sabes que tienes que comer porque si no comes, la debilidad te invade, y la debilidad es peor que el hambre.

Cada cierto tiempo, una máquina se acerca a ti. Tiene tubos de metal que se enganchan a tus ubres. Sientes el frío del metal, la presión de la succión, la leche que sale de ti en un chorro caliente. La máquina no te hace daño. Es solo fría. Pero tú sabes que esa leche es para los Kix, para los seres que te hicieron esto, que te convirtieron en esto. Y quieres sentir rabia, pero la rabia es un lujo que tu cuerpo ya no puede permitirse. Tu cerebro produce cortisol, adrenalina, las hormonas del estrés, pero no van acompañadas de ninguna emoción. Son solo químicos. Reacciones automáticas.

A veces, cuando el sol se pone y el pasto azul se tiñe de violeta, te acuerdas de tu madre. La ves en tu mente con una claridad que te duele. Ves su cara, su sonrisa, sus manos. Escuchas su voz cantando esa canción que te cantaba cuando eras pequeño. Y quieres llorar. Pero las vacas no lloran. Las glándulas lagrimales de tu cuerpo están atrofiadas. En su lugar, produces un moco espeso que se acumula en las comisuras de tus ojos y se seca en costras amarillentas.

Así que no lloras. Solo recuerdas. Y el recuerdo se va desgastando con el tiempo, como una piedra que el agua erosiona. Después de cien años, la cara de tu madre es borrosa. Después de mil, solo recuerdas el color de su pelo. Después de diez mil, solo recuerdas que había alguien, que no estabas solo. Después de un millón, solo recuerdas que alguna vez hubo algo más que este pasto, este cielo, este cuerpo. No sabes qué era. Solo sabes que falta.

Y esa falta es lo único que sientes. No dolor. No tristeza. No esperanza. Solo falta. Un agujero en el centro de tu ser, donde solía estar todo lo que te hacía humano.

El implante se asegura de que nunca dejes de sentir esa falta. Es su función. Mantenerte consciente, mantenerte recordando, mantenerte en ese estado de pérdida perpetua. Porque una vaca que no extrañara lo que fue no produciría leche amarga. Y los Kix necesitaban la leche amarga. Era su postre favorito.

4. Caso Individual: Mira

Mira había sido enfermera en las fábricas de cuerpos antes de las guerras. Después, cuando las guerras la alcanzaron, se convirtió en exploradora. Fue ella quien encontró la primera granja en el planeta de pasto azul, ella quien rescató a las vacas, ella quien durmió entre ellas en la bodega de carga de la nave capitana, ella quien les susurraba `vamos a casa` mientras las acariciaba.

Cuando los Kix transformaron a Mira, no le dieron un trato especial. Fue una vaca más. Su cuerpo se reconfiguró como el de todas las demás: pezuñas, ubres, hocico, implante. Pero Mira conservó algo que las otras vacas no tenían: un tic. Cuando la llevaban al matadero —porque las vacas también iban al matadero, aunque luego las regeneraban, aunque el ciclo no terminaba—, cerraba los ojos y movía la cabeza en un patrón específico. Era el mismo gesto que hacía cuando firmaba sus informes médicos en las fábricas de cuerpos. Un pequeño movimiento circular de la cabeza, de izquierda a derecha, como si estuviera asintiendo a algo que solo ella veía.

Los operarios de la línea de matanza nunca supieron qué significaba. Para ellos, era solo una vaca que movía la cabeza antes de que la sierra de plasma la cortara en secciones. La sierra cortaba con un silbido agudo, un sonido que perforaba los tímpanos, que hacía vibrar los dientes. Cortaba desde la pezuña hasta el cuello, separando el cuerpo en cuatro partes. El corazón de Mira seguía latiendo cuando la última sección caía sobre la cinta transportadora. Latía durante varios segundos más, bombeando sangre que ya no tenía dónde ir, mientras sus ojos, todavía humanos en el fondo, miraban al techo con una expresión que podría haber sido sorpresa o podría haber sido alivio.

Su último mugido sonó como una risa.

Luego la regeneraban. Un nuevo cuerpo, las mismas ubres, el mismo hocico, el mismo implante. Y otra vez al pasto. Y otra vez al matadero. Y otra vez el gesto. Siempre el gesto. Durante millones de años.

5. Punto de Vista del Operario: El Matarife

El matarife se llamaba Kael. Había sido ingeniero antes de las guerras, antes de que los Kix, antes de que todo. Ahora manejaba la sierra de plasma en la línea de sacrificio. Su turno empezaba a las cinco de la mañana, cuando el sol de ese planeta de pasto azul aún no había salido y el aire olía a rocío y a sangre.

Kael había visto morir a miles de vacas. Al principio, cuando era nuevo, las miraba a los ojos. Veía esa chispa humana, ese destello de conciencia que decía estoy aquí, y sé que estoy aquí, y sé que no debería ser esto. Y sentía algo. No sabía cómo llamarlo. ¿Compasión? ¿Asco? ¿Miedo? No importa. Con el tiempo, dejó de mirar a los ojos. Se concentraba en la pezuña. En la pezuña no había ojos. La pezuña era solo queratina, como una uña, como la suela de un zapato. Podía cortar la pezuña sin sentir nada.

Su técnica era precisa. La sierra de plasma, ajustada a la temperatura óptima, cortaba sin quemar la carne. La hoja vibraba en su mano con un zumbido que conocía tan bien que ya no lo escuchaba. Era como el latido de su propio corazón. Estaba ahí, pero su cerebro lo filtraba.

Un día, Kael estaba en la línea cuando llegó una vaca que no era como las otras. No por su tamaño, no por el color de su pelaje, sino por sus ojos. Cuando la vaca fue colocada en el cepo, sus ojos se encontraron con los de Kael. Y en ellos había algo que Kael no había visto en años. Reconocimiento. La vaca lo conocía. Sabía quién era. Sabía que él también había sido humano.

Kael sintió un escalofrío. Quiso detener la sierra. Quiso liberar a la vaca. Quiso decirle algo, cualquier cosa, que le dijera que no estaba solo, que alguien recordaba. Pero la vaca abrió la boca, y de su garganta salió un sonido que no era un mugido. Era una palabra.

Por.

No pudo terminar. O sí, quizás intentaba decir "por favor", y su garganta ya no podía con dos sílabas. Kael apretó los dientes. Apoyó la sierra en la pezuña. Apretó el gatillo. La sierra zumbó, la carne se separó, la sangre brotó. Y cuando la vaca cayó en cuatro secciones sobre la cinta transportadora, Kael se dio cuenta de que había estado llorando. No sabía cuándo había empezado. Las lágrimas le corrían por las mejillas, calientes, saladas, mezclándose con la sangre que salpicaba su mono.

Se limpió la cara con el dorso de la mano. Miró el reloj. Faltaban tres horas para terminar el turno. Apretó los dientes otra vez. Llamó a la siguiente vaca.

6. Estado Actual

Han pasado millones de años desde que los Kix se fueron. Los planetas de pasto azul han cambiado. Sus soles se han apagado o se han convertido en gigantes rojas que queman la superficie con radiación. Las atmósferas se han condensado en hielo en los polos, o se han escapado al espacio, dejando vacío donde antes había aire. El pasto azul, diseñado por los Kix para ser indestructible, ha sobrevivido. Crece en la oscuridad, alimentándose de la radiación de fondo, de los minerales de la tierra helada, de la descomposición de las vacas que han muerto y han sido absorbidas por el suelo.

Las vacas también han sobrevivido. Sus cuerpos se han adaptado al frío. Ahora tienen una capa de grasa más gruesa, una piel más oscura que absorbe la poca radiación que queda, un metabolismo tan lento que pueden pasar siglos sin comer, hibernando en un estado de conciencia reducida pero no apagada. Porque el implante no les permite apagar la conciencia del todo. Incluso en la hibernación,

hay un hilo de pensamiento, un recuerdo que se repite una y otra vez, como una canción que se ha vuelto ruido.

En un planeta, el último, una vaca sigue despierta. Es la más vieja. Su cuerpo está cubierto de cicatrices, sus ubres han dejado de producir leche hace eones, sus ojos tienen cataratas tan densas que ya no distinguen la luz de la oscuridad. Pero su implante sigue funcionando. Su cerebro sigue procesando información. Un pensamiento cada cien mil años. Y ese pensamiento es una palabra.

Por.

Abre la boca. El hielo cruje a su alrededor. El frío quema sus pulmones. Y de su garganta, de sus cuerdas vocales desgastadas por millones de años de silencio, sale un sonido. Un sonido que vibra en el hielo, en la roca, en el polvo estelar, en el vacío. Un sonido que viaja lentamente, muy lentamente, a través de un universo que ya no escucha.

Por.

No puede terminar. Lo intenta una y otra vez, mientras el hielo se acumula a su alrededor, mientras el frío la consume lentamente, mientras las estrellas muertas giran en sus órbitas eternas.

Por. Por. Por. Por.

La palabra se pierde en el vacío. No hay nadie que la escuche. No hay nadie que la entienda. No hay nadie que pueda responder.

Pero ella sigue intentándolo. Porque es lo único que le queda. Lo único que le queda de ser humana.

La palabra. La esperanza. La pregunta.

CAPÍTULO II: LAS MASAS LLOROSAS – LOS SOLDADOS

1. Origen

Cuando los Kix transformaron a los soldados de la flota de Elara, no los convirtieron en vacas. Los soldados tenían implantes en los antebrazos, cicatrices de batalla, una dureza en la mirada que los Kix reconocieron como útil. Los soldados eran materia prima para máquinas, no para granjas.

Los metieron en tanques de vidrio que aparecieron de la nada, o que siempre habían estado ahí, en las bodegas inferiores de las naves. Cada tanque medía dos metros de altura por uno de diámetro, con paredes de un vidrio tan grueso que distorsionaba la imagen del interior. En el fondo, una rejilla de metal dejaba pasar el líquido que los Kix habían preparado: una solución de ácido diluido, nutrientes sintéticos y enzimas diseñadas para descomponer la materia orgánica sin matar el sistema nervioso.

El proceso comenzaba con la disolución de los huesos. Los soldados sentían cómo su estructura ósea se ablandaba, cómo los minerales se filtraban en la sangre, cómo sus cuerpos perdían la forma que los había sostenido durante siglos. No era un dolor agudo, como el de una herida; era un dolor difuso, total, que venía de todos los rincones de su ser. Era el dolor de dejar de ser sólido.

Luego venía la extracción de los órganos. Los Kix no usaban instrumentos quirúrgicos. Usaban una voluntad que se aplicaba sobre la carne, que la separaba en sus componentes, que la reorganizaba según un plan que solo ellos entendían. El corazón, los pulmones, el hígado, los riñones, los intestinos: cada órgano se desprendía de su matriz, se suspendía en el líquido gris del tanque, y se dejaba allí, flotando junto a los demás, como piezas de un rompecabezas que ya no tenía solución.

Al final, solo quedaba el sistema nervioso. Una red de fibras que conservaba la forma del cuerpo que había sido, una silueta de nervios que se retorcía lentamente en el líquido, como una medusa de carne. Los nervios eran de un blanco grisáceo, con ramificaciones que se extendían en todas direcciones, formando una especie de árbol invertido cuyo tronco era la columna vertebral y cuyas ramas eran los nervios periféricos. En los extremos de esas ramas, donde antes había habido dedos, ojos, lengua, ahora solo había terminaciones desnudas, expuestas al líquido, a los ácidos, a los engranajes de las máquinas.

Los Kix colocaron los tanques en las naves, los usaron como lubricante para sus máquinas, como aislante térmico para sus motores, como alimento para las criaturas que traían de otros mundos. Los engranajes de las prensas trituraban las masas lentamente, y las masas sentían cómo sus nervios se desgarraban, cómo las fibras se rompían, cómo el dolor se propagaba por cada centímetro de su ser. Luego el líquido del tanque las regeneraba, y el ciclo comenzaba de nuevo. Cada ciclo duraba tres segundos. Las masas no podían contar, pero sentían cada ciclo. Cada trituración. Cada regeneración. Durante millones de años.

2. Anatomía

La masa llorosa no tiene una forma fija. Es una masa de tejido nervioso flotando en un líquido gris, con un volumen que puede variar entre 50 y 200 litros, dependiendo del tiempo que lleve en el tanque y de la frecuencia de las trituraciones. Su color es gris pálido, con tonos rosáceos en las áreas donde la sangre se ha acumulado. Su superficie está cubierta de protuberancias irregulares: algunas son los restos

de los órganos que los Kix dejaron flotando, ahora reducidos a pequeños sacos de membrana; otras son los cientos de ojos que brotan al azar, sin ritmo, sin sincronía.

Los ojos son el rasgo más distintivo. Pueden aparecer en cualquier lugar de la masa: en la superficie, en las profundidades, en los pliegues. Son del tamaño de un garbanzo, con una pupila negra que se dilata y contrae sin control. Parpadean al azar, cada uno con su propio ritmo, algunos rápidamente, otros lentamente, otros tan despacio que solo se cierran una vez al día. No tienen párpados completos; solo una membrana nictitante que se desliza sobre el globo ocular y lo lubrica con una secreción espesa. Los ojos ven. Ven las paredes del tanque, el líquido gris, los engranajes que giran sobre ellos. Ven la luz roja de las luces de emergencia, la oscuridad cuando las luces se apagan, los reflejos de sus propios nervios en la superficie del vidrio. Pero no pueden cerrarse. Nunca pueden cerrarse.

Las bocas son menos frecuentes pero más perturbadoras. Son pequeños orificios que se abren y cierran en la superficie de la masa, sin dientes, sin lengua, solo un agujero en la carne que se contrae rítmicamente. De esas bocas salen burbujas de aire, o a veces palabras. Porque las masas llorosas conservan la capacidad de articular sonidos, aunque sus cuerdas vocales han sido reemplazadas por membranas vibrátiles que producen un zumbido grave. Las palabras que salen son fragmentarias: ayuda, por qué, duele, nombre, madre. Pero la mayoría no son palabras. Son sonidos. Ruido.

El sistema nervioso es la única estructura que los Kix preservaron intacta. Cada nervio, cada sinapsis, cada neurona sigue funcionando como en un cerebro humano normal. La masa siente. Siente el líquido que la rodea, la temperatura que sube y baja con los ciclos de las máquinas, la vibración de los motores en las paredes del tanque, el roce de los engranajes cuando la trituración comienza. Siente el dolor de cada fibra desgarrada, de cada neurona aplastada, de cada sinapsis que se rompe y se regenera. Siente todo, todo el tiempo, porque los Kix diseñaron su sistema nervioso para que no hubiera filtros. No hay habituación. No hay adaptación. Cada trituración es como la primera. Cada regeneración es como un nuevo nacimiento en un cuerpo que ya conoce el dolor.

La regeneración es automática. El líquido del tanque contiene una suspensión de células madre y factores de crecimiento que reconstruyen el tejido nervioso en cuestión de segundos. Pero la regeneración no es perfecta. Con cada ciclo, algunas neuronas mueren y no se reemplazan. Con cada ciclo, la masa se reduce un poco más, pierde un poco de su masa, un poco de su memoria. Después de millones de años, algunas masas han perdido casi toda su estructura original. Son solo una red de fibras, una telaraña de nervios que flota en el líquido, con sus cientos de ojos abiertos y cerrados al azar, con sus bocas formando palabras que ya no tienen significado.

Pero el dolor sigue. Porque el dolor no está en las neuronas. Está en la configuración de las sinapsis, en la forma en que las señales se propagan, en la estructura misma de la conciencia. Y esa estructura, los Kix la dejaron intacta.

3. Psicología

La mente de una masa llorosa es un infierno de información.

Imagina que estás en un tanque de vidrio. No tienes cuerpo. No tienes brazos, no tienes piernas, no tienes piel. Solo tienes nervios. Millones de nervios que reciben señales de todo tu entorno: la temperatura del líquido, la presión de los engranajes, la vibración de los motores, la luz roja que

parpadea en el techo. Cada señal es un estímulo. Cada estímulo es un dolor. No hay placer. No hay alivio. Solo señales. Solo dolor.

Pero no es solo dolor físico. Es también dolor psicológico. Porque puedes pensar. Tu cerebro funciona. Tienes recuerdos. Recuerdas tu nombre, tu infancia, tu madre. Recuerdas que alguna vez tuviste un cuerpo, que caminaste, que corriste, que abrazaste a alguien. Recuerdas que alguna vez fuiste feliz. Y esos recuerdos, en contraste con el dolor perpetuo, son peores que el dolor. Son un recordatorio constante de lo que perdiste, de lo que nunca volverás a ser.

Al principio, después de la transformación, las masas gritaban. Gritaban con sus bocas repartidas por la superficie, produciendo un coro de sonidos que se filtraban por el vidrio de los tanques y llenaban las naves de un rumor constante. Los Kix no se molestaban. Les gustaba el ruido. Era música de fondo para sus largos viajes interestelares.

Con el tiempo, las masas dejaron de gritar. No porque dejaran de sentir dolor, sino porque sus cuerdas vocales se desgastaron, o porque sus bocas se atrofiaron, o porque perdieron la fuerza para articular. Pero algunas masas encontraron otras formas de expresión. Una masa que había sido matemática empezó a calcular números primos. Calculaba en su mente, una tras otra, buscando un patrón que nunca encontraba. Lleva eones calculando números primos. Ya ha superado el número más grande que cualquier humano había calculado antes de las guerras. Seguirá calculando mientras exista.

Otra masa, que había sido poeta, empezó a componer un poema. Un poema sobre la luz de las estrellas. Lleva eones escribiéndolo en su mente, verso tras verso, corrigiendo, puliendo, buscando la palabra exacta. El poema ya es más largo que cualquier obra literaria jamás escrita. Nadie lo leerá nunca. Pero ella sigue escribiéndolo. Porque es lo único que puede hacer.

Otra masa, que había sido madre, empezó a repetir el nombre de su hijo. Un nombre, solo un nombre, una y otra vez. Lian. Lian. Lian. Lleva eones repitiéndolo. Las sílabas se han vuelto borrosas, la pronunciación se ha degradado con los siglos. Ahora suena como iiiaaann, un sonido apenas reconocible. Pero ella sabe lo que significa. Es el único ancla que le queda a su identidad.

Hay masas que han perdido la capacidad de pensar. No porque sus cerebros se hayan atrofiado, sino porque el dolor ha saturado sus mentes hasta el punto de colapso. Son masas en estado vegetativo, con sus ojos abiertos y cerrados al azar, con sus bocas formando palabras sin sentido, con sus nervios retorciéndose en espirales infinitas. Los Kix las llamaban masas fallidas y las usaban como alimento para las criaturas de sus naves. Pero incluso esas masas seguían sintiendo. Seguían registrando el dolor, aunque ya no pudieran procesarlo. Era un dolor que no llegaba a ningún lado. Un dolor sin testigo. Un dolor que era solo ruido.

4. Caso Individual: Tarek

Tarek había sido soldado en las guerras de la séptima expansión. Tenía implantes en los antebrazos, una placa de queratina en el pecho, y una cicatriz que le recorría la espalda desde el cuello hasta la cintura. Había matado a cientos de personas, quizás miles. No recordaba sus nombres. No recordaba sus caras. Solo recordaba el olor de la sangre, el sonido de los cañones, la vibración de las explosiones.

Cuando los Kix lo transformaron, no sintió miedo. Los soldados no sienten miedo. Eso se lo habían quitado en las fábricas. Pero sintió algo parecido. Algo que no sabía nombrar. Tal vez era sorpresa. Tal vez era la certeza de que, después de todo lo que había hecho, esto era lo que merecía.

La transformación duró minutos. Sintió cómo sus huesos se licuaban, cómo sus órganos se separaban, cómo su sistema nervioso quedaba expuesto al líquido frío del tanque. Y entonces sintió el dolor. El dolor de no tener piel, de no tener músculos, de no tener huesos. El dolor de ser solo nervios flotando en ácido.

Tarek había sido diseñado para resistir el dolor. Sus implantes le permitían ignorar las heridas más graves, seguir luchando con un brazo amputado, seguir corriendo con una pierna destrozada. Pero este dolor era diferente. No venía de una herida localizada, de una fractura, de una quemadura. Venía de todas partes. De cada fibra nerviosa, de cada neurona, de cada sinapsis. Era un dolor total, un dolor absoluto, un dolor que no tenía límites porque su cuerpo no tenía límites.

Los primeros días, Tarek gritó. Gritó con todas sus bocas, produciendo un sonido que resonaba en el tanque y se filtraba al exterior. Los Kix no se molestaron. Estaban ocupados con otras transformaciones. Después de una semana, su voz se volvió ronca. Después de un mes, apenas podía articular un murmullo. Después de un año, dejó de intentarlo.

Pero no dejó de sentir. Nunca dejó de sentir.

En los momentos de calma, cuando los engranajes se detenían y el líquido se aquietaba, Tarek pensaba. Pensaba en las personas que había matado. Las veía en su mente, con una claridad que nunca había tenido antes. Veía sus rostros. Veía sus nombres, que creía haber olvidado. Veía sus ojos en el momento de la muerte. Y se preguntaba si ellos habían sentido este dolor. Si ellos también habían sido convertidos en masas flotantes, en alfombras, en vacas. Si ellos también estaban en algún tanque, en algún pasillo, en algún pasto, sintiendo lo mismo que él.

La respuesta, Tarek la sabía. Todos estaban en algún lugar. Todos seguían sintiendo. Porque los Kix no desperdiciaban nada. Porque la guerra no había terminado. Solo había cambiado de dueño.

Después de diez años, Tarek dejó de pensar en los muertos. Empezó a pensar en su madre. No sabía por qué. Nunca había pensado mucho en ella. Había muerto en una de las primeras batallas, cuando él era joven, cuando todavía no tenía implantes. Pero ahora su imagen volvía una y otra vez, con una claridad que le dolía más que los ácidos. Recordaba su voz, su risa, la forma en que le acariciaba el pelo cuando estaba enfermo. Recordaba una canción que ella le cantaba, una canción sobre el mar, sobre un barco que se alejaba, sobre un marinero que prometía volver.

Tarek empezó a tararear esa canción. No tenía cuerdas vocales, solo membranas vibrátiles, pero podía producir un zumbido que se parecía vagamente a una melodía. Los Kix, que pasaban junto a su tanque en sus largos paseos por la nave, a veces se detenían a escuchar. No por interés. Solo porque el zumbido llenaba el silencio de una manera que no les desagradaba.

Un día, después de miles de años, Tarek dejó de tararear. No porque olvidara la canción, sino porque sus membranas se habían desgastado. Ahora solo podía emitir un silbido agudo, como el de una tetera, que se perdía en el ruido de fondo de la nave. Pero en su mente, seguía cantando. La canción sobre el mar, sobre el barco, sobre el marinero que prometió volver. Lleva millones de años cantándola. No sabe si algún día dejará de hacerlo. No sabe si alguna vez, en algún lugar, alguien escuchará.

5. Punto de Vista del Operario: El Técnico de Tanques

El técnico se llamaba Var. Había trabajado en las naves de procesamiento desde antes de que llegaran los Kix. Era especialista en sistemas de soporte vital, en el mantenimiento de los tanques de cultivo, en el ajuste de los parámetros de los fluidos. Cuando los Kix transformaron los tanques de cultivo en tanques de masas, Var siguió trabajando. Los Kix no lo transformaron. Los necesitaban para mantener las máquinas.

Var tenía un turno de doce horas. Su trabajo consistía en recorrer la nave, revisando los tanques, ajustando los niveles de ácido, cambiando los filtros, registrando las anomalías. Llevaba un monitor portátil donde anotaba los datos: temperatura del líquido, pH, densidad de las partículas en suspensión, número de ciclos de trituración. A veces, cuando un tanque mostraba una lectura anómala, Var tenía que abrir la tapa y tomar una muestra directamente.

Eso era lo peor. Abrir la tapa del tanque y meter la mano en el líquido gris, sentir cómo los nervios de la masa se enrollaban en sus dedos, cómo los ojos parpadeaban contra su piel, cómo las bocas formaban palabras que no podía entender. Var había aprendido a no escuchar. Se concentraba en la muestra, en la jeringa, en el frasco de vidrio. No miraba a los ojos. No miraba las bocas. No escuchaba las palabras.

Pero a veces, cuando el líquido estaba especialmente claro, podía ver el interior del tanque. Veía la masa flotando, sus nervios extendidos como una telaraña, sus ojos abiertos y cerrados al azar, sus bocas moviéndose en silencio. Y en esos momentos, Var sentía algo que no podía nombrar. No era lástima. No era asco. Era algo más simple. Era la certeza de que él también podría estar ahí. De que, si los Kix se aburrían de él, si decidían que sus servicios ya no eran necesarios, también él sería convertido en masa, en alfombra, en vaca. También él pasaría millones de años en un tanque, con sus nervios expuestos, con sus ojos parpadeando al azar, con sus bocas diciendo ayuda en un idioma que nadie entendía.

Var apretaba los dientes. Cerraba la tapa. Anotaba los datos. Y seguía al siguiente tanque.

6. Estado Actual

Los Kix se fueron. Las naves quedaron a la deriva. Los tanques de vidrio se agrietaron con el tiempo, el líquido se evaporó, los sistemas de regeneración fallaron. Las masas quedaron en el fondo de los tanques, secas como papel, reducidas a filamentos casi invisibles. Pero seguían vivas. Sus sistemas nerviosos, diseñados para durar, habían encontrado la manera de sobrevivir con nada, de absorber la humedad del ambiente, de extraer nutrientes de las partículas de polvo que se posaban sobre ellas.

Ahora, en las naves abandonadas, los tanques son como vitrinas de un museo olvidado. En su interior, las masas descansan, con sus cientos de ojos opacos y quebradizos, con sus bocas convertidas en grietas apenas visibles. A veces, cuando una corriente de aire cósmico hace vibrar el metal de la nave, las masas se mueven ligeramente. Sus nervios se contraen, sus ojos parpadean una vez, sus bocas forman una palabra que nadie escucha.

Y en algún tanque, en alguna nave, una masa sigue tarareando. No produce sonido. Sus membranas vibrátiles se desgastaron hace eones. Pero en su mente, la melodía sigue. Una canción sobre el mar, sobre un barco, sobre un marinero que prometió volver. Lleva millones de años cantándola. Nadie la escucha. Pero ella sigue cantando. Porque es lo único que le queda.

CAPÍTULO III: LAS ALFOMBRAS DE CARNE – LOS REBELDES

1. Origen

Los rebeldes fueron los primeros en caer. Cuando los Kix aparecieron sobre la flota de Elara, hubo quienes tomaron las armas. Habían sido soldados, habían sido guerreros, habían sido entrenados para no rendirse. Apuntaron sus cañones de plasma a la forma gris que flotaba en el vacío y dispararon. Los proyectiles atravesaron la forma sin dañarla, como si no existiera. Los Kix ni siquiera se molestaron en esquivar.

Esa resistencia les costó la forma más dura de castigo. Los Kix los seleccionaron no por su utilidad, como a los soldados convertidos en masas, ni por su docilidad, como a los civiles convertidos en vacas. Los seleccionaron por su orgullo. Por su creencia de que podían enfrentarse a lo que los había creado. Los Kix querían ver cuánto tiempo podía durar un orgulloso cuando su cuerpo era convertido en una lámina de carne bajo los pies de quienes lo habían derrotado.

La transformación duró noventa días. Los rebeldes fueron colocados en cilindros de metal, con placas de presión que descendían milímetro a milímetro. Cada día, la placa bajaba un milímetro. Cada día, los rebeldes sentían cómo sus cuerpos se comprimían, cómo sus huesos se fracturaban, cómo sus órganos se desplazaban, cómo su forma se perdía en una masa de carne de dos centímetros de grosor.

Los Kix los llamaron "alfombras". Las colocaron en los pasillos de sus naves, en las escalinatas de sus templos, en los vestíbulos de sus ciudades. Y allí quedaron, durante millones de años, sintiendo cada pisada como una fractura microscópica, sintiendo el polvo acumulándose en sus poros, sintiendo el frío del metal en inviernos que duraban años, sintiendo la humedad de los días de lluvia filtrarse por sus bocas aplanadas.

2. Anatomía

La alfombra de carne es una lámina de tejido humano de dos centímetros de grosor, dos metros de largo y uno de ancho. Su superficie superior es la piel original del individuo, estirada hasta cubrir toda la superficie. Su superficie inferior es una membrana de tejido conectivo que se fusiona con el suelo donde está colocada, formando una unión tan fuerte que separarla requeriría arrancar capas de metal.

La piel es el órgano más desarrollado. Está impregnada de terminaciones nerviosas cada medio milímetro, lo que la convierte en una superficie de sensibilidad extrema. La alfombra siente la presión de una pisada como una fractura microscópica. Siente el roce de una tela como un raspón. Siente el polvo que se acumula como una capa de sal sobre una herida. No puede dejar de sentir. No hay filtros. No hay habituación. Cada estímulo es nuevo, cada estímulo es dolor.

Los ojos están en la superficie superior, orientados al techo. Son dos globos oculares aplastados, de forma ovalada, con las pupilas dilatadas permanentemente. Las retinas se han desprendido y se han adherido a la superficie interior de la piel, formando una capa sensible que capta la luz y las sombras. La alfombra ve el techo de la nave, o el cielo del templo, o la bóveda de la ciudad. Ve las sombras de los Kix que pasan, ve la luz de las estrellas cuando las naves están en el espacio, ve la lluvia cuando las ciudades están en planetas. Ve todo, todo el tiempo, porque no tiene párpados. Nunca puede cerrar los ojos.

La boca también está en la superficie superior. Es un pliegue de carne que se abre y se cierra lentamente, como una válvula. No tiene dientes, no tiene lengua. Solo un orificio que comunica con la tráquea aplanada, que a su vez comunica con los pulmones comprimidos. La alfombra puede respirar, aunque el intercambio gaseoso es mínimo. Puede emitir sonidos, aunque sus cuerdas vocales están tan estiradas que solo producen un susurro áspero. Algunas alfombras conservan la capacidad de articular palabras. Pasan millones de años repitiendo las mismas frases: ayuda, por favor, duele, por qué.

Los órganos internos están distribuidos en capas. Debajo de la piel, una capa de grasa aísla del frío y amortigua las pisadas. Debajo de la grasa, los músculos se han atrofiado hasta ser apenas una membrana. Debajo de los músculos, los órganos se han aplastado y redistribuido: los pulmones son dos membranas porosas que apenas intercambian oxígeno; el corazón es una franja de músculo estirada a lo largo de toda la alfombra, que late lentamente, bombeando sangre por un sistema circulatorio que ahora es una red de canales microscópicos bajo la piel; el hígado, los riñones, los intestinos se han enrollado en espiral, formando una masa compacta que ocupa el centro de la alfombra.

El sistema nervioso es el único sistema que los Kix dejaron intacto. Cada nervio, cada sinapsis, cada neurona sigue funcionando como en un cuerpo humano normal. La alfombra siente cada estímulo, procesa cada sensación, registra cada dolor. Su cerebro, aplanado pero funcional, sigue pensando. Sigue recordando. Sigue preguntándose por qué.

3. Psicología

La mente de una alfombra de carne es un pozo de paciencia.

Imagina que estás en un pasillo. Llevas ahí millones de años. No puedes moverte. No puedes girar la cabeza. No puedes cerrar los ojos. Solo puedes mirar al techo y esperar. Esperar que alguien pase. Porque cuando alguien pasa, sientes sus pisadas. Son dolorosas, pero son algo. Son la única prueba de que no estás solo.

Al principio, después de la transformación, las alfombras lloraban. Lloraban con sus bocas aplanadas, produciendo un sonido que era como el de una tela rasgándose. Los Kix no se molestaban. A veces, cuando pasaban, dejaban caer gotas de un líquido espeso sobre las alfombras. Era un lubricante para las máquinas, pero las alfombras lo sentían como un alivio. Era el único contacto físico que tenían.

Con el tiempo, las alfombras dejaron de llorar. No porque dejaran de sentir tristeza, sino porque sus glándulas lagrimales se atrofiaron, o porque sus bocas se secaron, o porque aprendieron que el llanto no servía de nada. Algunas alfombras encontraron otras formas de sobrellevar la espera. Una alfombra que había sido matemática empezó a calcular números primos. Las alfombras que habían sido poetas empezaron a componer poemas. Las que habían sido filósofas empezaron a pensar en la naturaleza del sufrimiento, en el sentido de la existencia, en la posibilidad de un dios que las hubiera abandonado.

Pero la mayoría simplemente esperaba. Esperaba sin esperanza, porque la esperanza es un lujo que el tiempo erosiona. Esperaba por costumbre, por inercia, porque era lo único que podían hacer. Esperaba que alguien viniera a pisarlas, a tocarlas, a reconocer que estaban ahí. Porque las pisadas, por dolorosas que fueran, eran la única prueba de que no estaban solas. De que alguien, en algún lugar, existía.

4. Caso Individual: Aris

Aris había sido filósofo en una de las colonias de la séptima expansión. Había escrito tratados sobre la naturaleza del sufrimiento, sobre la dignidad de la conciencia, sobre el sentido de la vida en un universo sin dioses. Sus libros eran leídos en toda la galaxia. Sus conferencias atraían a miles de personas. Era famoso. Era respetado. Era humano.

Cuando los Kix llegaron a su mundo, Aris no huyó. No luchó. Se arrodilló frente a la forma gris que descendía del cielo y ofreció su lealtad. Pensó que si se rendía, si aceptaba su poder, tal vez lo salvarían. Tal vez lo convertirían en algo mejor que los demás. Tal vez entenderían que él era diferente.

Los Kix no lo salvaron. No lo convirtieron en algo mejor. Lo convirtieron en alfombra.

Su transformación duró noventa días. Aris sintió cómo sus huesos se fracturaban, cómo sus órganos se desplazaban, cómo su cuerpo se aplanaba. Sintió todo, cada milímetro, cada segundo. Y cuando terminó, cuando era una lámina de carne de dos centímetros de grosor en un pasillo de una nave Kix, Aris entendió que no había sido especial. Que su filosofía, su fama, su dignidad, no significaban nada. Que para los Kix, era solo carne. Como todos.

Los primeros años, Aris intentó seguir pensando. Retomó sus viejos temas: el sufrimiento, la conciencia, el sentido. Pero el dolor de las pisadas interrumpía sus pensamientos. Cada vez que un Kix pasaba, sus ideas se rompían, se dispersaban, como un espejo que se hace añicos. Intentó concentrarse entre pisada y pisada, pero los intervalos eran irregulares. A veces pasaban horas sin que nadie caminara sobre él. A veces pasaban segundos. Su pensamiento se volvió fragmentario, desordenado, como un libro al que le faltan páginas.

Con los siglos, Aris dejó de intentar pensar. Se limitó a sentir. Sentía las pisadas, el polvo, el frío. Sentía la vibración de los motores, la luz que se filtraba por las ventanas, el roce de las colas de las criaturas que los Kix traían de otros mundos. Sentía todo, pero no lo procesaba. Era como un ruido de fondo, un rumor constante que llenaba su mente sin dejar espacio para nada más.

Un día, después de millones de años, las pisadas cesaron. No hubo aviso. No hubo último paso. Los Kix se fueron. La nave quedó a la deriva. Aris sintió cómo el frío se intensificaba, cómo el polvo se acumulaba sobre él, cómo la luz de las estrellas se apagaba una por una. Pero no podía morir. Los Kix lo habían diseñado para durar.

Pasaron los milenios. El polvo lo cubrió por completo. Su superficie se cuarteó, sus ojos se cubrieron de cataratas, sus bocas se secaron. Pero su mente seguía funcionando. Había dejado de pensar hace eones, pero ahora, en la oscuridad perpetua, algo empezó a cambiar. Los recuerdos que creía perdidos volvieron. Vio su infancia, su juventud, sus conferencias, sus libros. Vio a las personas que había conocido, las que había amado, las que había perdido. Vio el momento en que se arrodilló frente a los Kix y ofreció su lealtad. Vio su propio rostro en ese momento, y sintió algo que no había sentido en millones de años: vergüenza.

Aris había elegido esto. Había pensado que si se rendía, lo salvarían. Había pensado que era especial. Pero no era especial. Era una alfombra en un pasillo vacío. Y allí seguía, esperando. Esperando que alguien volviera a pisarlo. Porque las pisadas, por dolorosas que fueran, eran la única prueba de que no estaba solo. De que alguien, en algún lugar, existía.

5. Punto de Vista del Operario: El Colocador

El colocador se llamaba Hark. Era el encargado de instalar las alfombras en los pasillos de la nave. Su trabajo consistía en recibir las láminas de carne que salían de la prensa, transportarlas a su ubicación asignada, y fijarlas al suelo con un adhesivo especial que se activaba con el calor de la piel.

Hark había sido arquitecto antes de las guerras. Diseñaba edificios, plazas, ciudades. Ahora diseñaba pasillos para los Kix. Elegía la posición de cada alfombra según un plano que le entregaban los supervisores. "Alfombra 734 en el pasillo 12, sección 4, orientación norte". Leía las instrucciones, colocaba la lámina en su lugar, alisaba las arrugas con un rodillo, y pasaba a la siguiente.

A veces, cuando estaba solo en los pasillos, Hark se arrodillaba y ponía la mano sobre las alfombras. Sentía el calor de la carne, el latido del corazón estirado bajo la superficie, la vibración de los nervios. Y a veces, muy raramente, sentía que la alfombra se movía bajo su mano. Era un movimiento mínimo, como un temblor, como un espasmo. Pero Hark sabía lo que significaba. La alfombra estaba intentando comunicarse. Estaba intentando decirle algo.

No escuchaba. No quería escuchar. Se levantaba, ajustaba su uniforme, y seguía caminando. Porque si escuchaba, si entendía lo que decían, tendría que enfrentarse a la verdad de que esas alfombras habían sido personas. Y si eran personas, entonces él también podría ser una alfombra algún día. Y no quería pensar en eso. Prefería pensar en la cena, en su turno, en el descanso que le quedaba. Prefería no sentir.

6. Estado Actual

Los Kix se fueron. Las naves quedaron a la deriva. Las alfombras quedaron en sus pasillos, cubiertas de polvo, con sus bocas aplanadas abriéndose y cerrándose en un silencio perpetuo. Algunas se han fusionado con el metal de las naves, sus células han crecido en las grietas de las paredes, han envuelto los cables, han cubierto los pasillos como un moho orgánico. Las naves ya no son naves: son estructuras de metal y carne, donde la materia viva y la materia inerte se han mezclado en una sola cosa.

En un pasillo de una nave abandonada, Aris sigue esperando. Su cuerpo se ha cuarteado con el frío, sus ojos se han cubierto de cataratas, sus bocas se han secado. Pero su mente sigue funcionando. Piensa en su vida, en sus libros, en su error. Piensa en los Kix, en por qué vinieron, en por qué se fueron. Piensa en el universo, en el tiempo, en el vacío. Piensa en todo eso, y llega a una conclusión que ya había alcanzado hace millones de años, pero que ahora siente más cerca que nunca:

No hay respuesta. Nunca la hubo. Solo hay carne. Solo tiempo. Solo la espera.

Y espera. Sigue esperando. Porque es lo único que puede hacer. Lo único que le queda de ser humano.

CAPÍTULO IV: LOS CORREDORES DE MANOS – LOS FUGITIVOS

1. Origen

Los fugitivos fueron los que intentaron escapar. Cuando los Kix aparecieron sobre la flota de Elara, hubo quienes se escondieron en los rincones más remotos de las naves. Se metieron en las bodegas de carga, en los conductos de ventilación, en los tanques de lastre. Algunos incluso se atrincheraron en los módulos de escape, esperando que la nave se abriera para lanzarse al vacío. Los Kix los encontraron a todos. No podían esconderse. Los Kix los veían desde todos los ángulos, desde todas las dimensiones, desde todos los tiempos.

La transformación de los fugitivos fue la más elaborada. Los Kix querían que nunca pudieran esconderse otra vez. Querían que el miedo que los había impulsado a huir se convirtiera en su única realidad. Les dieron ojos en las manos para que siempre vieran las amenazas. Les dieron zarcillos en los dedos para que siempre sintieran el peligro. Y los dejaron libres en los páramos para que corrieran perpetuamente, asustados por todo, asustados por su propia sombra, asustados por el sonido de sus propios pasos.

Los Kix los llamaron "corredores". Los soltaron en mundos desolados, en desiertos sin fin, en llanuras de ceniza, en páramos de hielo. Y ellos corrieron. Corrieron sin descanso, durante millones de años, porque el miedo no los dejaba parar. Porque sus ojos-palmas veían amenazas en cada sombra, en cada nube, en cada movimiento. Porque sus zarcillos sentían el peligro en cada vibración del suelo, en cada cambio de temperatura, en cada ráfaga de viento.

2. Anatomía

El corredor de manos es una figura erguida, de unos 1.8 metros de altura, con una constitución delgada pero musculosa. Su cuerpo está diseñado para la velocidad: piernas largas, brazos atrofiados, una columna vertebral flexible que se arquea hacia adelante cuando corre, permitiéndole alcanzar velocidades de hasta 80 kilómetros por hora.

Las manos son el rasgo más distintivo. Cada mano tiene cien ojos, repartidos en las palmas, en los dedos, en los nudillos, en las muñecas. Los ojos son del tamaño de un garbanzo, con una pupila negra que se dilata y contrae según la intensidad de la luz. No tienen párpados. Están siempre abiertos, siempre mirando. Cada ojo tiene su propio nervio óptico, y todos convergen en un centro visual hiperdesarrollado que ocupa más de la mitad del cerebro. El corredor ve todo, desde todos los ángulos, al mismo tiempo. No puede cerrar los ojos. No puede elegir qué mirar. Ve el cielo, el suelo, su propio cuerpo, los árboles, las rocas, las nubes, los pájaros, los insectos. Ve todo, todo el tiempo.

Las uñas se han transformado en zarcillos córneos de cuatro metros de largo. Son delgados, flexibles, pero duros como el acero. Cada zarcillo está recubierto de terminaciones nerviosas que detectan vibraciones, texturas, temperaturas, humedad. El corredor siente cada grano de polvo bajo sus uñas como una quemadura de ácido. Siente la vibración de una hoja cayendo a trescientos metros como un martillazo en la médula. Siente la brisa más leve como un cuchillo que le recorre la piel. Los zarcillos se arrastran por el suelo detrás de él mientras corre, enganchándose en las piedras, rompiéndose con

el roce, regenerándose lentamente, y cada rotura es una explosión de dolor que se suma a las cien imágenes de terror que ya llenan su mente.

Los ojos originales del corredor se han atrofiado. Están en su lugar normal, en la cara, pero han perdido la mayoría de sus funciones. Ven solo sombras, formas borrosas, destellos de luz. El corredor ya no depende de ellos. Sus ojos principales están en las manos. Son sus manos las que ven. Son sus manos las que lo guían. Son sus manos las que lo condenan.

El cerebro del corredor es una maravilla de la ingeniería Kix. El centro visual ocupa el 60% de su masa, procesando las imágenes de los cien ojos en tiempo real. El centro motor está hiperdesarrollado para coordinar la carrera perpetua. Las áreas de la emoción están atrofiadas, excepto el centro del miedo, que está permanentemente activado. El corredor no siente nada excepto miedo. Miedo constante, perpetuo, que no disminuye nunca. No puede dejar de tener miedo. El miedo es su estado natural. El miedo es lo único que conoce.

3. Psicología

La mente de un corredor de manos es un caleidoscopio de terror.

Imagina que estás en un páramo. Corres. No sabes por qué corres. Solo sabes que si te detienes, algo terrible va a pasar. No sabes qué. Pero lo sabes con certeza. Es una certeza que no viene de la razón, sino del cuerpo. Tu cuerpo te dice que corras, que no pares, que si paras, mueres. Así que corres.

Mientras corres, ves todo desde todos los ángulos. Tus manos te muestran el cielo, el suelo, tu espalda, tu rostro. Ves cómo el sudor te corre por la frente, cómo tus piernas se mueven una tras otra, cómo tus zarcillos se arrastran detrás de ti. Ves las nubes que se forman en el horizonte, los pájaros que vuelan en círculos, las sombras que se alargan a tu alrededor. Y todo lo que ves es una amenaza. Las nubes pueden traer tormentas. Los pájaros pueden ser depredadores. Las sombras pueden ocultar a tus enemigos. No puedes distinguir lo real de lo imaginario. Todo es real. Todo es peligroso. Todo te da miedo.

Al principio, después de la transformación, los corredores intentaban detenerse. Se sentaban en el suelo, cerraban sus manos (aunque los ojos seguían abiertos), trataban de calmarse. Pero el miedo no se calmaba. Crecía. Se intensificaba hasta que sus cuerpos se movían solos, impulsados por un pánico que era más fuerte que su voluntad. Después de unos pocos intentos, aprendieron que no podían parar. Que si paraban, el miedo los volvía locos. Que lo único que podían hacer era correr.

Con el tiempo, la carrera se volvió automática. Los corredores ya no pensaban en correr. Simplemente corrían. Sus piernas se movían solas, sus zarcillos se arrastraban solos, sus manos veían solas. Era como respirar. Era un acto reflejo, un instinto más profundo que la conciencia.

Pero la conciencia seguía ahí. En los momentos de carrera, cuando el terreno era llano y no había obstáculos, algunos corredores tenían breves intervalos de lucidez. En esos intervalos, pensaban. Pensaban en lo que habían sido, en lo que habían perdido, en lo que nunca volverían a ser. Y esos pensamientos eran peores que el miedo. Porque el miedo al menos era algo. Los pensamientos eran recuerdos de algo que ya no existía. Eran una herida que nunca cerraba.

4. Caso Individual: Sana

Sana había sido geóloga en un mundo minero. Cuando los Kix llegaron a su planeta, ella estaba en una misión en la falla tectónica más profunda, tomando muestras de magma solidificado. Supo lo que pasaba por las comunicaciones: vio cómo las naves de procesamiento descendían sobre las ciudades, cómo las transmisiones se cortaban una por una, cómo el silencio se extendía como una mancha de aceite. Decidió no salir. Se quedó en la falla, alimentándose de líquenes radioactivos y agua condensada en las paredes de roca. Sobrevivió 37 días. Cuando los Kix la encontraron, ya había perdido 12 kilos y su piel tenía un tono grisáceo por la radiación.

Los Kix la miraron. Interesante, dijeron. Una que se esconde. Una que tiene miedo. Vamos a hacer que el miedo sea su única compañía.

La transformación de Sana duró horas. Sintió cómo sus ojos se multiplicaban, cómo sus uñas crecían, cómo su cerebro se reorganizaba. Cuando terminó, estaba en un páramo de ceniza volcánica. Sus manos estaban cubiertas de ojos. Sus zarcillos se arrastraban por el suelo. Y tenía miedo. Un miedo que no podía controlar, que no podía ignorar, que no podía detener.

Corrió. Corrió sin dirección, sin rumbo, con sus zarcillos enganchándose en las rocas, rompiéndose, regenerándose. Corrió hasta que sus tendones se desgarraron. Entonces se arrastró. Se arrastró hasta que sus tendones se regeneraron. Entonces volvió a correr. Así pasaron los años. Las décadas. Los siglos.

En algún momento, Sana dejó de ser Sana. Ya no recordaba su nombre. Ya no recordaba su vida. Solo recordaba el miedo. Solo recordaba que tenía que correr. Corrió sobre la ceniza, sobre el hielo, sobre la arena. Corrió bajo soles abrasadores, bajo lluvias torrenciales, bajo tormentas de polvo. Corrió hasta que sus zarcillos se desgastaron, hasta que sus ojos se cubrieron de cataratas, hasta que su cuerpo se encorvó por los siglos de carrera.

Un día, mientras cruzaba un desierto de sal, sus zarcillos se engancharon en una formación rocosa y se rompieron todos a la vez. El dolor fue tal que su corazón se detuvo. Pero los Kix la habían diseñado para durar. Su corazón volvió a latir. Sus zarcillos volvieron a crecer. Y Sana se puso de pie y siguió corriendo.

Ahora, millones de años después, Sana sigue corriendo. Sus zarcillos se han acortado con el desgaste, sus ojos-palmas se han cubierto de cataratas, su cuerpo se ha encorvado casi hasta el suelo. Pero corre. Corre sobre un páramo de hielo, bajo un cielo negro donde ya no hay estrellas. Corre sin dirección, sin destino, solo porque no puede parar. Y en su mente, en el único rincón que los Kix no pudieron tocar, hay un pensamiento que se repite una vez cada mil años:

Corre.

5. Punto de Vista del Operario: El Guardián

El guardián se llamaba Renn. Era el encargado de soltar a los corredores en los páramos. Su trabajo consistía en abrir las compuertas de las naves, liberar a los especímenes, y registrar su comportamiento para los informes.

Renn había sido guardia en una prisión de máxima seguridad antes de las guerras. Ahora era guardián de un páramo sin paredes. Se sentaba en una plataforma elevada, con un monitor que mostraba las imágenes de los corredores desde los satélites. Veía cómo corrían, cómo caían, cómo se levantaban.

Veía sus zarcillos romperse y regenerarse, sus ojos-palmas abrirse y cerrarse, sus cuerpos encorvarse con el tiempo. Anotaba todo en su informe: Especímenes en buen estado. Velocidad media 70 km/h. Tiempo de carrera continuo: 347 años. Sin anomalías.

A veces, cuando los corredores pasaban cerca de su plataforma, Renn podía verlos a simple vista. Veía sus caras demacradas, sus ojos vacíos, sus bocas abiertas en un grito que no emitían. Y sentía algo que no sabía nombrar. No era lástima. No era asco. Era algo más simple: era la certeza de que él también podría estar ahí abajo. De que si los Kix se aburrían de él, también sería convertido en corredor, también correría perpetuamente en un páramo sin fin.

Renn apretaba los dientes. Volvía a mirar el monitor. Anotaba los datos. Y esperaba a que terminara su turno.

6. Estado Actual

Los Kix se fueron. Los páramos se enfriaron. Las estrellas se apagaron. Los corredores siguieron corriendo. Algunos cayeron en grietas, se congelaron en el hielo, se quedaron atrapados en formaciones rocosas. Pero la mayoría sigue corriendo. Sus cuerpos se han adaptado al frío, a la oscuridad, a la falta de alimento. Ahora corren sobre hielo eterno, bajo cielos negros, con sus zarcillos arrastrándose detrás de ellos como sombras congeladas.

En un páramo, el último, una figura sigue moviéndose. Es Sana. Su cuerpo está encorvado casi hasta el suelo, sus zarcillos son apenas muñones, sus ojos-palmas han perdido la vista hace eones. Pero sigue corriendo. No sabe por qué. No sabe hacia dónde. Solo sabe que tiene que correr. Que si se detiene, algo terrible va a pasar. No sabe qué. Pero lo sabe con certeza. Es una certeza que no viene de la razón, sino del cuerpo. Y su cuerpo le dice que corra. Así que corre.

Y correrá hasta que el universo muera. Y después, quizás, seguirá corriendo.

CAPÍTULO V: LOS TAPETES DE ENTRADA – LOS LEALES

1. Origen

Los leales fueron los que se arrodillaron. Cuando los Kix aparecieron sobre la flota de Elara, hubo quienes, en lugar de luchar o huir, se arrodillaron. Ofrecieron su lealtad. Prometieron servir. Creían que si se rendían, si aceptaban a los Kix como sus amos, serían salvados. Tal vez convertidos en algo mejor. Tal vez recompensados.

Los Kix aceptaron su lealtad. No porque la necesitaran, sino porque les pareció interesante. Un gesto que no esperaban. Un gesto que, quizás, podría aliviar el aburrimiento por un rato.

Los convirtieron en tapetes de entrada. Los prensaron hasta que midieron un centímetro de grosor, hasta que su piel era una membrana translúcida que dejaba ver los órganos aplastados por dentro, hasta que sus ojos y sus bocas quedaron en la superficie superior, orientados al techo, para que pudieran ver y balbucear sin poder incorporarse. Los colocaron en las entradas de las naves, en las escalinatas de los templos, en los vestíbulos de las ciudades. Allí quedaron, durante millones de años, sintiendo cada pisada, cada gota de lluvia, cada partícula de polvo, con sus mentes intactas, con sus recuerdos intactos, con la conciencia de que habían elegido esto.

2. Anatomía

El tapete de entrada es la forma más extrema de prensado. Mide un centímetro de grosor, dos metros de largo, uno de ancho. Su piel es tan fina que los órganos internos son visibles a simple vista: el corazón estirado como una franja muscular, los pulmones como dos membranas porosas, los intestinos como una espiral compacta en el centro. La piel es translúcida, de un tono rosáceo que se oscurece con la edad.

Los ojos están en la superficie superior, orientados al techo. Son dos globos oculares aplastados, con las pupilas dilatadas permanentemente. Las retinas se han adherido a la superficie interior de la piel, formando una capa sensible que capta la luz y las sombras. El tapete ve el techo de la nave, o el cielo del templo, o la bóveda de la ciudad. Ve las sombras de los Kix que pasan, ve la luz de las estrellas cuando las naves están en el espacio, ve la lluvia cuando las ciudades están en planetas. Ve todo, todo el tiempo, porque no tiene párpados.

La boca también está en la superficie superior. Es un pliegue de carne que se abre y se cierra lentamente, como una válvula. No tiene dientes, no tiene lengua. Solo un orificio que comunica con la tráquea aplanada, que a su vez comunica con los pulmones comprimidos. El tapete puede emitir sonidos, aunque sus cuerdas vocales están tan estiradas que solo producen un susurro áspero. Algunos tapetes conservan la capacidad de articular palabras. Pasan millones de años repitiendo las mismas frases: por qué, por favor, ayuda.

El sistema nervioso es el único sistema que los Kix dejaron intacto. Cada nervio, cada sinapsis, cada neurona sigue funcionando como en un cuerpo humano normal. El tapete siente cada pisada, cada gota de lluvia, cada partícula de polvo. Siente el frío del metal, el calor del sol, la humedad del ambiente. Siente todo, todo el tiempo, sin filtros, sin habituación.

3. Psicología

La mente de un tapete de entrada es un pozo de traición.

Imagina que te arrodillaste. Pensaste que si te rendías, te salvarías. Pensaste que eras especial, que los Kix te recompensarían por tu lealtad. Pero no eras especial. Los Kix te convirtieron en tapete. Y ahora estás en la entrada de un templo, con tu cuerpo de un centímetro de grosor, sintiendo cómo los fieles pasan sobre ti, cómo te pisan, cómo te ensucian, cómo te ignoran.

Al principio, después de la transformación, los tapetes esperaban. Esperaban que los Kix vinieran a buscarlos, que los recompensaran por su lealtad, que los convirtieran en algo mejor. Pero los Kix no vinieron. Pasaron sobre ellos, una y otra vez, sin mirarlos. Sin reconocerlos. Eran solo tapetes. Eran solo carne.

Con el tiempo, los tapetes entendieron. Entendieron que habían sido traicionados. Que su lealtad no valía nada. Que los Kix no necesitaban leales. Los Kix solo necesitaban carne. Y ellos habían entregado su carne voluntariamente. Eso era lo peor. No habían sido obligados. Se habían ofrecido. Habían elegido esto.

La conciencia de la traición se convirtió en su único pensamiento. Me traicionaron, pensaban. Pero yo me traicioné a mí mismo primero. Y ese pensamiento, repetido millones de veces, se volvió una certeza: no merecían nada mejor. Esto era lo que habían elegido. Esto era lo que merecían.

Algunos tapetes encontraron consuelo en la religión. Crearon dioses en sus mentes, dioses que los redimirían, dioses que los rescatarían. Rezaban a esos dioses con sus bocas aplanadas, susurrando palabras que nadie escuchaba. Pero los dioses no respondían. Porque los dioses no existían. Solo existían los Kix. Y los Kix se habían ido.

4. Caso Individual: El Filósofo

El filósofo se llamaba Aris. Ya lo conocíamos como alfombra. Pero antes de ser alfombra, fue tapete. Porque Aris se arrodilló. Ofreció su lealtad. Creía que si se rendía, lo salvarían. Pero no lo salvaron. Lo convirtieron en tapete. Lo colocaron en la entrada de un templo Kix, donde pasó los primeros millones de años de su existencia.

En esos años, Aris pensó. Pensó en su filosofía, en sus libros, en sus conferencias. Pensó en la dignidad de la conciencia, en el sentido de la vida, en la posibilidad de un dios. Y llegó a una conclusión: no había dios. No había sentido. Solo había los Kix. Y los Kix eran indiferentes. No eran malvados. No eran crueles. Eran indiferentes. Y esa indiferencia era peor que cualquier maldad. Porque la maldad al menos reconocía tu existencia. La indiferencia te anulaba. Te convertía en nada.

Aris pasó millones de años en la entrada del templo. Vio a los Kix entrar y salir, entrar y salir, con sus formas grises, con sus extremidades que no eran extremidades. Vio cómo se detenían a veces, como si lo miraran, pero nunca decían nada. Nunca lo reconocían. Era solo un tapete. Era solo carne.

Un día, los Kix se fueron. El templo quedó vacío. Aris quedó solo. Pasaron los milenios. El polvo lo cubrió. Sus ojos se cubrieron de cataratas. Su boca se secó. Pero su mente siguió funcionando. Y en su mente, la única pregunta que le quedaba:

¿Por qué me arrodillé?

No había respuesta. Porque no había por qué. Solo había la certeza de que había elegido mal. Y esa certeza era su condena.

5. Punto de Vista del Operario: La Limpiadora

La limpiadora se llamaba Tess. Era la encargada de limpiar los tapetes de entrada. Su trabajo consistía en pasar un cepillo húmedo sobre las superficies de los tapetes, retirando el polvo, la tierra, los restos de lo que los Kix dejaban caer.

Tess había sido ama de casa antes de las guerras. Limpiaba su casa, cuidaba a sus hijos, cocinaba para su familia. Ahora limpiaba tapetes de carne. Pasaba el cepillo sobre ellos con movimientos suaves, rítmicos, como si acariciara a un animal. Y mientras limpiaba, a veces escuchaba los susurros. Los tapetes hablaban. Decían por qué, ayuda, por favor. Tess no entendía por qué seguían hablando. Ya no había nadie que los escuchara. Pero ella escuchaba. No podía evitarlo.

A veces, cuando estaba sola en los pasillos, Tess se arrodillaba junto a un tapete y ponía su mano sobre él. Sentía el calor de la carne, el latido del corazón, la vibración de los susurros. Y en esos momentos, Tess sentía que el tapete le hablaba a ella. Le decía su nombre, su historia, su dolor. Le decía que había sido persona, que había tenido familia, que había tenido sueños. Le decía que había elegido esto, que se había arrodillado, que se había traicionado a sí mismo.

Tess no sabía qué responder. No podía decirle que lo entendía. No podía decirle que lo perdonaba. Solo podía limpiarlo. Pasar el cepillo sobre su piel, retirar el polvo, alisar las arrugas. Y mientras lo hacía, a veces cantaba. Cantaba las canciones que le cantaba a sus hijos cuando eran pequeños. Canciones sobre el mar, sobre el cielo, sobre el amor. Y mientras cantaba, los susurros de los tapetes se aquietaban. Escuchaban. Y por un momento, dejaban de preguntar.

6. Estado Actual

Los Kix se fueron. Los templos quedaron vacíos. Los tapetes quedaron en sus entradas, cubiertos de polvo, con sus bocas aplanadas abriéndose y cerrándose en un silencio perpetuo. Algunos han perdido la capacidad de articular sonidos, pero sus mentes siguen funcionando. Siguen recordando. Siguen preguntándose por qué.

En un templo, en una escalinata cubierta de polvo estelar, un tapete sigue esperando. Es Aris. Sus ojos están cubiertos de cataratas, su boca está seca, su piel está cuarteada. Pero su mente sigue funcionando. Piensa en los Kix, en por qué vinieron, en por qué se fueron. Piensa en su lealtad, en su traición, en su error. Piensa en todo eso, y llega a una conclusión que ya había alcanzado hace eones, pero que ahora siente más cerca que nunca:

No había otra opción. Me arrodillé porque tenía miedo. Y el miedo me traicionó. Pero el miedo no es una excusa. El miedo es solo miedo. Y yo era más que miedo. O debería haberlo sido.

Aris sigue esperando. Espera que alguien vuelva a pisarlo. Porque las pisadas, por dolorosas que fueran, eran la única prueba de que no estaba solo. De que alguien, en algún lugar, existía.

Pero nadie vuelve. El templo está vacío. El universo está muerto. Y Aris sigue ahí, en la entrada, esperando. Porque es lo único que puede hacer. Lo único que le queda de ser humano.

CAPÍTULO VI: LOS MUNDOS DE GRAVEDAD – LOS ADAPTADOS

1. Origen

No todos los transformados por los Kix fueron individuos. Algunos mundos enteros fueron transformados. Los Kix modificaban la gravedad, la temperatura, la composición atmosférica de planetas habitados, y observaban cómo los humanos se adaptaban o morían. Era un juego. Un experimento. Una forma de aliviar el aburrimiento.

En un mundo, aumentaron la gravedad a 980 veces la terrestre. Los humanos sintieron cómo sus vértebras se comprimían, cómo sus huesos se fracturaban y se soldaban en formas grotescas, cómo sus corazones crecían hasta ocupar medio tórax antes de estallar. Algunos murieron. Otros sobrevivieron. Los que sobrevivieron se adaptaron: sus esqueletos se volvieron más densos, sus músculos más compactos, sus órganos se reconfiguraron para resistir la presión. Pero sus formas eran irreconocibles. No eran humanos. Eran otra cosa.

En otro mundo, congelaron la atmósfera hasta alcanzar temperaturas de doscientos grados bajo cero. Los humanos desarrollaron pieles de escamas reflectantes, sistemas circulatorios que se cerraban en las horas de frío, glándulas que segregaban un líquido aislante. Sus mentes se atrofiaron en el proceso, y lo que quedó fueron criaturas que apenas recordaban haber sido humanos.

En otro mundo, envenenaron la atmósfera con metano y amoníaco. Los humanos desarrollaron branquias para filtrar los gases, pieles que metabolizaban los compuestos tóxicos, sistemas digestivos que extraían energía del metano. Perdieron la capacidad de hablar, de pensar, de recordar. Se convirtieron en animales. Animales con forma humana, o humanos con forma animal, según se mirara.

Los Kix llamaron a estos mundos "jardines de gravedad". Los visitaban de vez en cuando, para observar cómo evolucionaban las especies, para tomar muestras, para ajustar los parámetros. Y luego se iban. Dejaban los mundos a su suerte. Los humanos adaptados seguían viviendo, reproduciéndose, evolucionando. Pero ya no eran humanos. Eran otra cosa. Y esa otra cosa, con el tiempo, también se extinguía.

2. Anatomías

Las formas de vida de los mundos de gravedad son demasiado diversas para una descripción única. Pero hay patrones que se repiten.

En los mundos de alta gravedad, los humanos se volvieron bajos y robustos. Sus cráneos se ensancharon para albergar cerebros más compactos. Sus huesos se volvieron tan densos que flotaban en agua como piedras. Sus músculos se acortaron, se hicieron más fibrosos, capaces de sostener pesos inmensos sin desgarrarse. Algunos desarrollaron esqueletos externos, placas de queratina que crecían sobre la piel como una armadura. Otros, por el contrario, perdieron los huesos por completo, se volvieron babosas sin esqueleto que se deslizaban por el suelo, con sus órganos expuestos bajo una membrana translúcida.

En los mundos de baja temperatura, los humanos desarrollaron pieles gruesas, cubiertas de escamas o pelos aislantes. Sus sistemas circulatorios aprendieron a cerrar los capilares de las extremidades para

preservar el calor en los órganos vitales. Algunos desarrollaron glándulas que segregaban un líquido anticongelante que les permitía respirar aire a temperaturas bajo cero sin que sus pulmones se cristalizaran. Sus mentes, para ahorrar energía, se volvieron lentas. Pensaban en días, en semanas. Una idea podía tardar meses en formarse. Pero la idea seguía ahí. El recuerdo de haber sido humano seguía ahí.

En los mundos de atmósfera tóxica, los humanos desarrollaron branquias para filtrar los gases, o pieles que metabolizaban los compuestos venenosos. Algunos perdieron los pulmones por completo, reemplazándolos con sacos de membrana que extraían oxígeno del metano o del amoníaco. Sus voces se volvieron inaudibles para los humanos normales, porque sus cuerdas vocales estaban diseñadas para frecuencias que se propagaban en atmósferas densas. Pero seguían teniendo voz. Seguían teniendo lenguaje. Aunque nadie pudiera entenderlos.

3. Psicología

La mente de un adaptado de gravedad es un territorio en ruinas.

En los mundos de alta gravedad, los humanos apenas podían moverse. Cada paso era un esfuerzo titánico. Cada respiración era un dolor en los pulmones comprimidos. Sus mentes, para ahorrar energía, se volvieron simples. Ya no pensaban en el pasado. Ya no pensaban en el futuro. Solo pensaban en el presente. En la comida que necesitaban, en el refugio que necesitaban, en el compañero que necesitaban. Eran animales. Animales con recuerdos humanos, pero animales al fin.

En los mundos de baja temperatura, los humanos pensaban lentamente. Una idea podía tardar meses en formarse. Un recuerdo podía tardar años en emerger. Pero cuando emergía, era nítido. Veían sus vidas pasadas con una claridad que les dolía más que el frío. Veían sus caras, sus nombres, sus amores. Y luego el frío los devolvía a la realidad. A la carne congelada, a los pulmones quemados, a la espera perpetua.

En los mundos de atmósfera tóxica, los humanos habían perdido la capacidad de recordar. Sus cerebros se habían reconfigurado para procesar la información sensorial de su nuevo entorno, y en ese proceso, los recuerdos se habían borrado. Solo quedaba un eco. Un eco que decía: algo faltaba. Algo había estado ahí. Ya no estaba. Y ese eco era su única conexión con lo que habían sido.

4. Caso Individual: Petra

Petra había sido geóloga en Gagarin, un mundo de gravedad media y atmósfera respirable. Cuando los Kix aumentaron la gravedad a 980G, Petra estaba en un laboratorio subterráneo, analizando muestras de roca. Sintió cómo el suelo temblaba, cómo las paredes se agrietaban, cómo su cuerpo se hundía. Sobrevivió a los primeros días, cuando la gravedad aún era soportable. Pero cuando alcanzó los 100G, sus huesos comenzaron a fracturarse. Cuando llegó a los 300G, su corazón creció hasta ocupar medio tórax. Cuando llegó a los 500G, perdió la capacidad de caminar. Se arrastraba por el suelo, con sus piernas rotas, con su espalda doblada, con sus ojos sangrando.

Fue entonces cuando decidió adaptarse. No por voluntad, sino por necesidad. Su cuerpo comenzó a cambiar. Los huesos se soldaron en formas grotescas. Los músculos se acortaron. La piel se endureció. Pero el cambio más notable fue en su columna vertebral. Las vértebras se fusionaron en una sola

estructura rígida, incapaz de doblarse. Petra ya no podía agacharse. Ya no podía girar la cabeza. Solo podía mirar al frente.

Cuando la gravedad se estabilizó en 980G, Petra era una criatura de menos de un metro de altura, con un cráneo enorme, una columna rígida, extremidades atrofiadas. No podía caminar. Se arrastraba. No podía hablar. Su lengua se había atrofiado. Pero podía pensar. Pensaba en su vida, en su trabajo, en las rocas que había estudiado. Pensaba en los mapas geológicos que había dibujado, en las formaciones que había descubierto, en los nombres que les había puesto. Pensaba en todo eso, y en su mente, seguía siendo geóloga. Seguía siendo Petra.

Un día, mientras se arrastraba por el laboratorio derruido, encontró un fragmento de pizarra. Con su uña —lo único que le quedaba de sus extremidades— grabó una palabra. La grabó una y otra vez, hasta que la pizarra se cubrió de surcos. La palabra era:

PORQUÉ

No pudo escribir más. Sus uñas se desgastaron. Sus dedos se rompieron. Pero la palabra quedó. Quedó en la pizarra, en el laboratorio, en el mundo muerto. Cuando los Kix encontraron el mundo, siglos después, vieron la pizarra. Vieron la palabra. Se preguntaron qué significaba. Luego se encogieron de hombros —si es que tenían hombros— y siguieron su camino.

Petra murió poco después. Su corazón, agrandado por siglos de esfuerzo, finalmente cedió. Su cuerpo quedó en el suelo del laboratorio, junto a la pizarra, junto a la palabra. Los Kix no la recogieron. No la procesaron. No la transformaron. Era solo una geóloga muerta en un mundo muerto. No valía la pena.

5. Punto de Vista del Operario: El Ajustador

El ajustador se llamaba Venn. Era el encargado de calibrar los parámetros de los mundos de gravedad. Su trabajo consistía en viajar de planeta en planeta, ajustando la gravedad, la temperatura, la composición atmosférica, según las instrucciones de los Kix. Era un trabajo técnico, aburrido, rutinario. Venn pasaba días frente a los paneles de control, girando perillas, presionando botones, verificando lecturas. No miraba a los humanos que se retorcían en la superficie. No escuchaba sus gritos. Solo miraba los números. Gravedad: 980G. Temperatura: -200°C. Atmósfera: metano al 80%. Todo en orden.

A veces, cuando terminaba su turno, Venn se asomaba a la ventana de la nave y miraba el planeta. Veía las formas que se arrastraban, las criaturas que alguna vez habían sido personas. Y sentía algo que no sabía nombrar. No era lástima. No era asco. Era algo más simple: era la certeza de que él también podría estar ahí abajo. De que si los Kix se aburrían de él, también sería ajustado, también sería adaptado, también sería convertido en una criatura arrastrándose por un mundo muerto.

Venn apretaba los dientes. Volvía a los paneles de control. Ajustaba los parámetros. Y esperaba a que terminara su turno.

6. Estado Actual

Los Kix se fueron. Los mundos de gravedad quedaron abandonados. La mayoría de los adaptados murieron cuando sus soles se apagaron o sus atmósferas se escaparon al espacio. Pero algunos

sobrevivieron. En un mundo de alta gravedad, una colonia de enanos cabezones sigue viva, arrastrándose por túneles subterráneos, alimentándose de hongos que crecen en la oscuridad. Han perdido el lenguaje. Han perdido la memoria. Solo conservan un instinto: el de sobrevivir. Y en sus mentes, en algún rincón que los Kix no pudieron tocar, hay un eco. Un eco que dice: alguna vez fuimos algo más.

En un mundo de baja temperatura, una criatura de piel escamosa y ojos de hielo sigue moviéndose. Es la última. Su metabolismo es tan lento que apenas puede pensarse a sí misma. Pero piensa. Piensa en un calor que ya no existe. Piensa en una luz que se apagó hace eones. Piensa en un nombre que ya no recuerda. Y mientras piensa, se arrastra sobre el hielo, buscando algo que no sabe qué es. Algo que perdió. Algo que nunca recuperará.

En un mundo de atmósfera tóxica, una colonia de seres con branquias sigue respirando metano. Han olvidado que alguna vez hubo aire limpio. Han olvidado que alguna vez hubo un cielo azul. Solo conocen este mundo, este aire, esta vida. Pero a veces, cuando la tormenta de amoníaco arrecia y el metano se espesa, uno de ellos levanta la cabeza y mira al cielo. No sabe por qué. Solo sabe que algo le dice que mire. Que hay algo allá arriba. Que alguna vez, en algún lugar, hubo algo más.

CAPÍTULO VII: LOS JARDINES DE CARNE – EL LEGADO HUMANO

1. Origen

No todas las transformaciones fueron obra de los Kix. Muchas fueron obra de los humanos mismos, en los mil años de guerra que precedieron al encuentro. Cada facción desarrolló sus propias formas de arte con la carne humana. Los llamaron jardines. Eran instalaciones donde los prisioneros eran convertidos en esculturas vivientes, en decoraciones arquitectónicas, en paisajes orgánicos.

Los Carnis crearon jardines de carne plantando prisioneros en el suelo y expandiendo sus cuerpos con hormonas. Los Excelsus crearon instalaciones simétricas con cuerpos conectados por circuitos de sangre. Los Profundis crearon arrecifes de carne en las fosas oceánicas. Cada facción tenía su estilo, su técnica, su estética. Pero todas compartían la misma materia prima: seres humanos reducidos a objetos.

Cuando los Kix llegaron, encontraron estos jardines. Algunos los mantuvieron, por interés estético. Otros los transformaron, añadiendo su propia firma. Otros los abandonaron, dejando que la naturaleza siguiera su curso. Hoy, millones de años después, algunos jardines siguen vivos. Otros se han convertido en fósiles. Otros han evolucionado en formas nuevas, imprevistas, que ni los Kix ni los humanos podrían haber imaginado.

2. Anatomías

Los Jardines de los Carnis eran los más extensos. Los prisioneros eran enterrados hasta el cuello en tierra fértil, y luego se les inyectaban hormonas de crecimiento que expandían sus cuerpos sin control. Los brazos se alargaban, se ramificaban, se entrelazaban con los brazos de los prisioneros vecinos. Las piernas se hundían en la tierra, convertidas en raíces que absorbían nutrientes. Los torsos se ensanchaban, formando una superficie continua que cubría hectáreas. Los rostros emergían de esa superficie como frutos, con los ojos abiertos, con las bocas moviéndose en un susurro perpetuo. Los Carnis paseaban por esos jardines, arrancaban frutos que eran órganos reconvertidos —corazones que latían en sus manos, pulmones que aún respiraban— y los mordían mientras la sangre les escurría por la barbilla. Decían que el sabor era parecido al de la melaza, pero con un regusto a hierro que les recordaba a las batallas.

Las Instalaciones de los Excelsus eran más geométricas. En una nave, los exploradores encontraron una cámara circular donde cien prisioneros habían sido dispuestos en un círculo perfecto, desnudos, con los brazos extendidos hacia el centro. Tubos de plástico transparente conectaban sus venas en un circuito cerrado: la sangre de uno fluía hacia el siguiente, y así sucesivamente, en un ciclo perpetuo. Sus corazones latían sincronizados, sus respiraciones eran un solo suspiro colectivo, sus ojos miraban al centro del círculo donde no había nada, solo un vacío que reflejaba la insignificancia de sus vidas. Los tubos llevaban años funcionando, mantenidos por bombas automáticas, y los cuerpos habían comenzado a fusionarse en los puntos de contacto, formando una sola masa orgánica con cien rostros, cien pares de ojos, cien bocas que abrían y cerraban al mismo ritmo.

Los Arrecifes de los Profundis eran los más silenciosos. Los prisioneros eran sumergidos en fosas oceánicas, donde la presión los comprimía hasta convertirlos en masas de tejido denso, y los anclaban

al fondo con cadenas de metal. Allí, en la oscuridad perpetua, los prisioneros crecían lentamente, alimentándose de los nutrientes que el agua llevaba, convirtiéndose en arrecifes de carne. Los peces bioluminiscentes anidaban en sus cavidades orbitales, en sus bocas abiertas, en las heridas de sus torsos. Los crustáceos se alimentaban de su piel muerta, manteniéndolos limpios pero causándoles un picor constante que no podían rascarse porque sus brazos estaban fundidos al cuerpo. Los Profundis se sumergían a mirarlos, a veces, y decían que era hermoso, que era la verdadera evolución, que el ser humano estaba destinado a fundirse con el océano.

3. Psicología

La mente de un prisionero en un jardín de carne es un abismo de resignación.

En los jardines de los Carnis, los prisioneros perdían gradualmente la noción de sí mismos. Sus cuerpos se expandían, se fusionaban con los de sus vecinos, sus identidades se difuminaban. Al principio, todavía pensaban en sí mismos como individuos. Recordaban sus nombres, sus vidas, sus familias. Pero con el tiempo, a medida que sus cuerpos se fusionaban, también sus mentes se fusionaban. Empezaban a pensar en plural. A sentir las emociones de los demás como si fueran propias. A recordar las memorias de los otros como si fueran suyas. Al final, no había individuos. Solo había una masa de carne con cientos de rostros, cientos de voces, cientos de pensamientos que se mezclaban en un solo rumor.

En las instalaciones de los Excelsus, los prisioneros mantenían sus identidades individuales, pero sus cuerpos estaban atrapados en una coreografía perpetua. La sangre que fluía de uno a otro los mantenía en un estado de dependencia mutua. Si uno moría, todos morían. Así que sobrevivían. Sobrevivían por el otro, por los otros, por la masa que formaban. Y mientras sobrevivían, pensaban. Pensaban en la libertad, en la muerte, en el sentido de todo esto. Pero no había sentido. Solo había el círculo. La sangre. El latido.

En los arrecifes de los Profundis, los prisioneros habían perdido la capacidad de pensar. La presión, la oscuridad, el frío, todo conspiraba para apagar sus mentes. Solo quedaba un instinto: el de alimentarse, el de crecer, el de fusionarse con el arrecife. Eran carne que se extendía sobre la roca, que absorbía nutrientes, que producía nuevas capas de tejido. Eran arrecifes. Eran geología. Eran parte del fondo marino. Pero en algún lugar, en algún rincón que la presión no había podido aplastar, había un recuerdo. Un recuerdo de la luz. De la superficie. De haber sido algo más que roca.

4. Caso Individual: El Jardín de los Carnis

En un planeta olvidado, un jardín de los Carnis sigue creciendo. Ocupa cien hectáreas de lo que alguna vez fue una llanura. En su superficie, cientos de rostros emergen de la carne, con los ojos abiertos, con las bocas moviéndose en un susurro perpetuo. Algunos rostros sonríen. Otros lloran. Otros están en blanco, sin expresión, como máscaras.

Uno de esos rostros perteneció a una mujer llamada Vela. Vela había sido soldado en las guerras, capturada por los Carnis en una de las batallas de la séptima expansión. La habían plantado en el jardín hacía mil años, cuando aún estaba en formación. Vio cómo su cuerpo se expandía, cómo sus brazos se alargaban, cómo sus piernas se hundían en la tierra. Vio cómo los otros prisioneros se fusionaban con ella, cómo sus mentes se mezclaban, cómo sus recuerdos se volvían suyos.

Al principio, Vela resistió. Trató de mantener su identidad, de no perderse en la masa. Pero con el tiempo, la resistencia se volvió inútil. Los recuerdos de los otros eran demasiado fuertes. Las emociones de los otros eran demasiado intensas. Poco a poco, Vela dejó de ser Vela. Se convirtió en parte de algo más grande. Algo que no tenía nombre. Algo que solo era carne.

Ahora, miles de años después, Vela ya no existe. Solo existe el jardín. El jardín respira, crece, se reproduce. A veces, cuando la luz del sol golpea su superficie, los rostros se animan. Abren los ojos. Mueven las bocas. Y de sus gargantas sale un sonido que es como un susurro, como un viento, como un eco.

Vela, dice el sonido. Vela. Vela. Vela.

Pero no es Vela quien habla. Es el jardín. El jardín que recuerda. El jardín que fue personas. El jardín que ya no sabe qué fue.

5. Punto de Vista del Operario: El Jardinero

El jardinero se llamaba Yoren. Era el encargado de mantener los jardines de los Carnis. Su trabajo consistía en podar los excesos, regar las raíces, fertilizar la tierra. Había sido botánico antes de las guerras. Ahora cultivaba carne.

Yoren recorría los jardines con una podadora de plasma, cortando los brotes que crecían fuera de los límites, eliminando los rostros que se habían vuelto demasiado viejos, injertando nuevos prisioneros en los lugares vacíos. Trabajaba con cuidado, con precisión, como si estuviera cultivando rosas. Pero las rosas eran carne. Y la carne gritaba.

Yoren había aprendido a no escuchar los gritos. Se concentraba en su trabajo, en la precisión de sus cortes, en la simetría de sus injertos. A veces, cuando un rostro lo miraba con sus ojos humanos, Yoren sentía un escalofrío. Pero se sacudía, volvía a su tarea, y seguía podando.

Un día, mientras trabajaba en una sección del jardín, Yoren encontró un rostro que le resultaba familiar. Era el rostro de una mujer que había sido soldado en su unidad, antes de que lo capturaran. La mujer lo miró. Abrió la boca. Y dijo:

Yoren.

Era la primera vez que un rostro pronunciaba su nombre. Yoren sintió que las piernas le temblaban. Quiso responder. Quiso decirle algo, cualquier cosa, que le dijera que la recordaba, que lo sentía, que no había podido hacer nada. Pero no dijo nada. Apretó los dientes. Encendió la podadora. Y cortó el rostro.

La cabeza cayó al suelo, rodó entre los brotes, y se detuvo mirando al cielo. Yoren la recogió, la puso en el carro de desechos, y siguió con su trabajo. Esa noche, en su camarote, no pudo dormir. Vio el rostro de la mujer en la oscuridad. Escuchó su voz diciendo su nombre. Y supo que nunca podría olvidarlo.

Al día siguiente, volvió al jardín. Volvió a podar. Volvió a injertar. Volvió a no escuchar los gritos. Porque era su trabajo. Porque si no lo hacía, otro lo haría. Porque los jardines necesitaban mantenimiento. Y él era el jardinero.

6. Estado Actual

Los Kix se fueron. Las facciones humanas desaparecieron. Pero los jardines siguen creciendo. En un planeta olvidado, el jardín de los Carnis cubre ahora miles de hectáreas. Sus brotes se extienden bajo tierra, sus rostros emergen en la superficie, sus susurros llenan el aire. Los animales que habitan el planeta han aprendido a alimentarse de sus frutos, a refugiarse en sus pliegues, a convivir con su carne. El jardín ya no necesita jardineros. Se mantiene solo.

En una nave abandonada, la instalación de los Excelsus sigue funcionando. Los corazones de los cien prisioneros laten sincronizados, las bombas automáticas siguen moviendo la sangre, los tubos de plástico siguen conectando los cuerpos fusionados. No hay nadie que los observe. No hay nadie que los mantenga. Pero siguen. Porque fueron diseñados para durar. Porque los Kix no los apagaron. Porque la carne no se detiene.

En una fosa oceánica, el arrecife de los Profundis sigue creciendo. Sus formas se extienden por el fondo marino, cubriendo kilómetros de roca, albergando colonias de peces bioluminiscentes, alimentando ecosistemas enteros. En su interior, en las cavidades donde alguna vez hubo ojos, en las grietas donde alguna vez hubo bocas, los recuerdos de los prisioneros se han convertido en parte del arrecife. Son memoria geológica. Son fósiles de conciencia. Son lo que queda de lo que fueron.

CAPÍTULO VIII: EPÍLOGO – EL SILENCIO DE LOS KIX

1. La Retirada

Los Kix se fueron sin explicación. Un día estaban. Al día siguiente, no. Las naves se detuvieron. Las máquinas se apagaron. Las luces se fundieron. La forma gris que había flotado sobre la flota de Elara, que había seguido a los sobrevivientes durante millones de años, que había jugado con la carne humana como un niño juega con plastilina, simplemente se desplegó sobre sí misma, se plegó en ángulos que no existen, y desapareció.

Nadie sabe por qué. Tal vez se aburrieron. Tal vez encontraron otro juego en otra galaxia. Tal vez se extinguieron. Tal vez nunca existieron. Tal vez fueron una manifestación del aburrimiento del universo, y cuando el universo dejó de tener energía para aburrirse, ellos también desaparecieron.

No importa. Lo que importa es que se fueron. Y los transformados quedaron solos.

2. La Espera

Los que quedaron esperaron. Las vacas en los pastos azules esperaron que alguien viniera a ordeñarlas. Las masas en los tanques de vidrio esperaron que alguien viniera a triturarlas. Las alfombras en los pasillos esperaron que alguien viniera a pisarlas. Los corredores en los páramos esperaron que alguien viniera a perseguirlos. Los tapetes en las entradas esperaron que alguien viniera a reconocerlos. Los jardines en los planetas muertos esperaron que alguien viniera a podarlos.

Pero nadie vino. Los Kix se habían ido. Los humanos se habían extinguido. Solo quedaban ellos. Y el tiempo.

El tiempo pasó. Pasaron los siglos, los milenios, los eones. Las estrellas se apagaron. Las galaxias se separaron. El universo se enfrió. La materia se descompuso. La entropía alcanzó su máximo. El tiempo dejó de tener sentido.

Pero los transformados seguían ahí.

3. La Última Vaca

En un planeta de pasto azul, bajo un cielo negro donde ya no hay estrellas, una vaca sigue pastando. Es la última. Las demás han muerto, sus cuerpos descompuestos, sus implantes apagados, sus conciencias dispersas en el polvo. Pero ella sigue ahí. Su metabolismo es tan lento que sus células apenas se mueven. Su corazón late una vez cada mil años. Su cerebro procesa un pensamiento cada cien mil años.

Y ese pensamiento es una palabra.

No sabe de dónde viene. No sabe qué significa. Solo sabe que está ahí, grabada en lo más profundo de su ser, en las fibras de su carne, en los átomos de sus huesos. Una palabra que ha estado repitiendo desde antes de que las estrellas nacieran, desde antes de que el tiempo tuviera sentido, desde antes de que ella fuera una vaca y fuera una persona y fuera una masa de nervios en un tanque de vidrio y fuera una alfombra de carne en un pasillo vacío y fuera un corredor de manos en un páramo infinito y fuera un tapete de entrada en una escalinata olvidada.

Abre la boca. El hielo cruje a su alrededor. El frío quema sus pulmones. Y de su garganta, de sus cuerdas vocales desgastadas por millones de años de silencio, sale un sonido. Un sonido que vibra en el hielo, en la roca, en el polvo estelar, en el vacío. Un sonido que viaja lentamente, muy lentamente, a través de un universo que ya no escucha.

Por.

No puede terminar. O sí, quizás intenta decir "por favor", y su garganta ya no puede con dos sílabas. Pero lo intenta. Lo intenta una y otra vez, mientras el hielo se acumula a su alrededor, mientras el frío la consume lentamente, mientras las estrellas muertas giran en sus órbitas eternas.

Por. Por. Por. Por.

La palabra se pierde en el vacío. No hay nadie que la escuche. No hay nadie que la entienda. No hay nadie que pueda responder.

Pero ella sigue intentándolo. Porque es lo único que le queda. Lo único que le queda de ser humana.

La palabra. La esperanza. La pregunta.

4. El Último Pensamiento

En una nave abandonada, en un pasillo cubierto de polvo estelar, una alfombra de carne tiene un pensamiento. Es Aris. El filósofo. El que se arrodilló. El que fue tapete. El que fue alfombra. El que fue todo.

Su pensamiento es lento. Tarda mil años en formarse, mil años en desarrollarse, mil años en concluir. Pero al final, llega a una conclusión:

No había respuesta. Nunca la hubo. Solo había carne. Solo tiempo. Solo la pregunta.

Y la pregunta, piensa Aris, es lo único que vale. Porque la pregunta es la prueba de que hubo alguien que preguntó. De que hubo una conciencia que se enfrentó al vacío y dijo ¿por qué? Y aunque no hubiera respuesta, la pregunta era suficiente. La pregunta era la dignidad. La pregunta era lo humano.

Aris cierra los ojos. Por primera vez en millones de años, sus párpados funcionan. Puede cerrarlos. Puede dejar de ver el techo de la nave, las estrellas muertas, el vacío. Puede descansar.

Pero no descansa. Porque la pregunta sigue ahí. Y mientras haya pregunta, hay conciencia. Y mientras haya conciencia, hay carne. Y mientras haya carne, hay espera.

Aris abre los ojos. Mira el techo. Y espera.

5. El Silencio

El universo está en silencio. Las últimas estrellas se han apagado. Los últimos agujeros negros se han evaporado. La última partícula de materia se ha descompuesto. Solo queda la radiación de fondo, una tenue luz que ya no ilumina nada, un rumor que ya no es sonido.

En medio de ese silencio, los transformados siguen ahí. Las vacas, las masas, las alfombras, los corredores, los tapetes, los jardines, los adaptados. Todos siguen ahí. Sus cuerpos se han adaptado al

frío, a la oscuridad, a la nada. Sus mentes siguen funcionando a un ritmo que ya no es tiempo. Sus preguntas siguen resonando en un vacío que ya no tiene oídos.

Pero siguen. Porque los Kix hicieron bien su trabajo. Los hicieron para durar. Y duran. Y durarán hasta que el universo mismo deje de existir. Y después, quizás, seguirán durando.

Porque la carne es eterna. Porque la conciencia es indestructible. Porque la pregunta nunca deja de hacerse.

Por.

Por.

Por.

APÉNDICES

APÉNDICE A: MANUAL DEL OPERARIO – INSTRUCCIONES PARA EL MANEJO DE CADA ESPECIE

Vacas (Especie: Bos humanus)

Alimentación: Pasto azul. Proporcionar al menos 50 kg por cabeza al día. No es necesario suplemento, pero la adición de trazas de calcio mejora la calidad de la leche.

Ordeño: Máquinas automáticas, cada 8 horas. Asegurar que los tubos estén limpios y esterilizados para evitar infecciones. La leche de vacas estresadas tiene mayor contenido de cortisol, lo que le da un sabor más amargo. Los Kix prefieren el amargor.

Sacrificio: Sierra de plasma, corte longitudinal desde la pezuña hasta el cuello. La vaca permanecerá consciente durante los primeros segundos del corte. No se recomienda anestesia; altera el sabor de la carne.

Mantenimiento del implante: Revisar cada 100 años. El implante debe estar limpio y seco. Si presenta corrosión, reemplazar inmediatamente. Un implante defectuoso puede causar la pérdida de la conciencia, lo que reduce el valor de la carne.

Masas Llorosas (Especie: Nervus fluens)

Alimentación: Solución de nutrientes en el tanque. Renovar cada ciclo de trituración. La densidad de partículas debe mantenerse entre 1.2 y 1.5 g/cm³.

Ciclo de trituración: Cada 3 segundos. Ajustar la velocidad de los engranajes para que la trituración sea completa pero no destruya las fibras nerviosas. La temperatura del líquido no debe superar los 37°C.

Mantenimiento del tanque: Limpiar los filtros cada 1,000 ciclos. Las masas tienden a obstruir los conductos con restos de tejido. Usar guantes gruesos al manipular; las masas pueden enrollarse en los dedos.

Nota: Las masas pueden desarrollar comportamientos anómalos (cálculo de números primos, composición de poemas, repetición de nombres). No interfieren con el funcionamiento. Ignorar.

Alfombras de Carne (Especie: Tapis carnis)

Instalación: Colocar sobre superficie limpia y seca. Aplicar adhesivo térmico en los bordes. Alisar con rodillo para eliminar burbujas de aire. Dejar secar 24 horas antes de permitir el tránsito.

Limpieza: Cepillo húmedo, movimientos suaves. No usar productos químicos agresivos; pueden dañar la piel y reducir la sensibilidad. La sensibilidad es importante para los Kix; les gusta sentir la carne bajo sus pies.

Mantenimiento: Las alfombras tienden a resecarse con el tiempo. Aplicar una capa fina de glicerina cada 1,000 años para mantener la elasticidad.

Nota: Algunas alfombras emiten sonidos. No tienen importancia operativa. Ignorar.

Corredores de Manos (Especie: Fugitivus terror)

Liberación: Abrir compuerta de la nave, soltar el espécimen en el páramo designado. No es necesario guiarlo; correrá solo.

Monitoreo: Los satélites registrarán la velocidad, la distancia recorrida, el estado de los zarcillos. Anotar cualquier anomalía en el informe.

Recuperación: No es necesaria. Los corredores no se detienen. Si se detienen, están muertos o a punto de morir. En ese caso, recoger los restos para su procesamiento.

Nota: Los corredores pueden emitir gritos. No tienen importancia operativa. Ignorar.

Tapetes de Entrada (Especie: Vestibulum fidelis)

Instalación: Colocar en la entrada de templos o naves. Asegurar que la orientación sea correcta (ojos hacia arriba, boca accesible para susurros). Fijar con adhesivo reforzado.

Limpieza: Cepillo suave, agua tibia. Los tapetes son más sensibles que las alfombras; un cepillo áspero puede causar daños irreparables.

Mantenimiento: Los tapetes tienden a agrietarse con el frío. Aplicar una capa de cera protectora cada 500 años.

Nota: Los tapetes pueden susurrar. A veces dicen cosas interesantes. Si un tapete dice algo particularmente inteligente o conmovedor, anotarlo en el informe. Los Kix a veces se entretienen leyendo los susurros.

APÉNDICE B: MAPAS DE LOS MUNDOS TRANSFORMADOS

Mundo de Pasto Azul (Sistema Vaca Prime)

Coordenadas: RA 14h 32m 06s, Dec -60° 45' 12"

Gravedad: 0.9G

Atmósfera: Nitrógeno 78%, Oxígeno 21%, Pasto azul 1%

Especies: Vacas

Granjas: 12, en funcionamiento continuo desde hace 4.7 millones de años

Nota: La estrella se ha apagado. Las vacas sobreviven con luz artificial. Algunas han empezado a desarrollar bioluminiscencia.

Nave de Procesamiento (Sistema Masa Prime)

Coordenadas: En órbita alrededor de una enana blanca en RA 06h 12m 45s, Dec +22° 18' 30"

Estado: A la deriva, sin propulsión

Especies: Masas Llorosas, Alfombras de Carne, Tapetes de Entrada

Nota: Los sistemas de soporte vital siguen funcionando. Los tanques de vidrio están agrietados, pero las masas sobreviven. Las alfombras se han fusionado con el metal. Los tapetes susurran sin parar.

Páramo de Ceniza (Sistema Corredor Prime)

Coordenadas: RA 22h 47m 15s, Dec -08° 22' 45"

Gravedad: 0.3G

Atmósfera: Dióxido de carbono 95%, Oxígeno 3%, otros 2%

Especies: Corredores de Manos

Nota: La temperatura ha descendido a -150°C. La mayoría de los corredores se han congelado. Algunos aún se mueven, pero a velocidad reducida.

Jardín de los Carnis (Sistema Jardín Prime)

Coordenadas: RA 03h 55m 12s, Dec +31° 22' 08"

Gravedad: 1.1G

Atmósfera: Respirable

Especies: Jardín de Carne (sin clasificar)

Nota: El jardín ha crecido hasta cubrir 10,000 hectáreas. Sus rostros son innumerables. Sus susurros se escuchan desde el espacio.

APÉNDICE C: GLOSARIO DE TÉRMINOS DE LA INDUSTRIA CÁRNICA HUMANA

Carne de cañón: Soldados desechables producidos en masa en las fábricas de cuerpos. Sin conciencia, sin miedo, sin piedad.

Carne de grado A: Vacas humanas en óptimas condiciones de salud y memoria. La leche y la carne tienen el mayor valor.

Carne de grado B: Vacas humanas con implantes defectuosos o memoria atrofiada. Valor reducido.

Ciclo de trituración: Proceso de trituración y regeneración de las masas llorosas. Duración estándar: 3 segundos.

Fallo de hardware emocional: Fenómeno en el que un cerebro humano conectado a una red de datos comienza a llorar, cortocircuitando los circuitos. Requiere reemplazo inmediato.

Jardines de carne: Instalaciones artísticas creadas por los Carnis, Excelsus y Profundis durante las guerras. Consisten en prisioneros transformados en esculturas vivientes.

Línea de producción: Secuencia de procesos que va desde el cultivo de cuerpos hasta el procesamiento de la carne. Incluye despiece, trituración, envasado, y distribución.

Marmoleo: Grado de infiltración de grasa en la carne de vaca humana. A mayor marmoleo, mayor valor.

Masa llorosa: Soldados convertidos en masas de tejido nervioso, utilizados como lubricante para máquinas Kix.

Operario: Personal encargado de manejar las máquinas en las líneas de producción. Los operarios son humanos que no han sido transformados (aún).

Prensa: Máquina utilizada para convertir rebeldes en alfombras de carne. El proceso dura 90 días.

Sierra de plasma: Herramienta utilizada para el sacrificio de vacas humanas. Corta desde la pezuña hasta el cuello, manteniendo la conciencia durante los primeros segundos.

Tapete de entrada: Leales convertidos en láminas de carne de 1 cm de grosor, colocados en entradas de templos y naves.

Vaca humana: Civiles convertidos en rumiantes, utilizados para la producción de leche y carne.

APÉNDICE D: FRAGMENTOS DE LA CRÓNICA DE ARIS (EL FILÓSOFO CONVERTIDO EN ALFOMBRA)

Fragmento 1 (primeros años)

"Siento las pisadas. Son como pequeñas muertes. Cada vez que un Kix pasa, siento cómo mi carne se comprime, cómo mis órganos se desplazan, cómo mi corazón se detiene por un instante. Luego la pisada se levanta, y mi corazón vuelve a latir. Y yo pienso: ¿por qué? ¿Por qué sigo viviendo? ¿Por qué no me dejan morir? Y luego recuerdo: porque no hay por qué. Solo hay pisadas. Solo hay carne."

Fragmento 2 (primer millón de años)

"He dejado de contar los años. El tiempo es ahora una sucesión de pisadas. Pisada, silencio, pisada, silencio. A veces los Kix pasan en grupos, y las pisadas se suceden una tras otra sin intervalo. Esos son los días malos. A veces pasan horas sin que nadie me pise. Esos son los días buenos. Pero ya no sé qué es bueno y qué es malo. Solo sé qué duele y qué no duele. Y todo duele."

Fragmento 3 (primer millón de años, más tarde)

"He empezado a calcular números primos. Es la única actividad que puedo hacer sin moverme. Los números primos son hermosos. No tienen patrón, no tienen orden, no tienen sentido. Como yo. Como todo esto. He llegado al número 10^15. Me llevará otros mil años llegar al siguiente. Pero no tengo prisa. El tiempo es lo único que me sobra."

Fragmento 4 (diez millones de años)

"He olvidado mi nombre. He olvidado mi cara. He olvidado los libros que escribí. Solo recuerdo que escribí libros. Que fui filósofo. Que hablé de la dignidad de la conciencia. Qué ironía. Ahora soy una alfombra. Ahora me pisan. Ahora mi conciencia es lo único que tengo, y es una condena."

Fragmento 5 (cien millones de años)

"Los Kix se han ido. Las pisadas han cesado. Por primera vez en cien millones de años, hay silencio. Pero el silencio no es paz. El silencio es otra forma de dolor. Porque en el silencio, solo me tengo a mí mismo. Y yo soy un eco. Un eco de lo que fui. Un eco que se desvanece."

Fragmento 6 (mil millones de años)

"El polvo me cubre. No veo el techo. No veo la luz. Solo veo oscuridad. Pero sigo pensando. Sigo recordando. Sigo preguntándome por qué. No hay respuesta. Nunca la hubo. Pero la pregunta es lo único que me queda. La pregunta es lo único que me hace humano. Así que seguiré preguntando. Porque preguntar es lo que hago. Lo único que hago. Lo único que siempre he hecho."

Fragmento 7 (el final)

"El universo se apaga. Las estrellas mueren. La materia se descompone. Pero yo sigo aquí. Sigo pensando. Sigo preguntando. Y mientras haya pregunta, habrá conciencia. Y mientras haya conciencia, habrá carne. Y mientras haya carne, habrá espera. Así que espero. Espero que alguien venga a pisarme. Espero que alguien me reconozca. Espero que alguien responda. Pero nadie viene. Nadie responde. Solo yo. Solo la pregunta. Solo el silencio."

APÉNDICE E: REGISTROS DE LA FLOTA DE ELARA

Bitácora de Elara (fecha desconocida)

"Hemos encontrado un planeta con vacas. No son vacas normales. Tienen ojos humanos. Mugían. Una de ellas dijo 'por'. No pudo terminar. O sí, quizás intentaba decir 'por favor'. No lo sé. Pero lo vi en sus ojos. Sabía quién era. Sabía lo que había sido. Y yo no pude hacer nada. Solo quedarme mirando. Solo vomitar. Solo seguir adelante. ¿Qué más podía hacer?"

Bitácora de Mira (fecha desconocida)

"Las vacas me miran. Me conocen. Me recuerdan. Una de ellas, la más vieja, me dejó apoyar la cabeza en su costado. Era cálido. Era como estar viva. Le dije 'vamos a casa'. No sé si entendió. Pero creo que sí. Creo que todas entienden. Creo que todas recuerdan. Y yo también recuerdo. Recuerdo cuando las rescaté. Recuerdo cuando dormía entre ellas. Recuerdo cuando todo esto no había pasado. Pero ahora ha pasado. Y no puedo dejar de recordar."

Bitácora de Kael (fecha desconocida)

"Hoy vi a Mira dormir entre las vacas. Parecía una de ellas. Parecía en paz. Pero no hay paz. No aquí. No ahora. Los sensores muestran algo. Algo que se acerca. Algo que no es humano. Algo que no

debería existir. Pero existe. Y viene hacia nosotros. Y no podemos hacer nada. Solo esperar. Solo ver cómo se acerca. Solo preguntarnos qué será. Pero ya lo sé. Lo sé desde que vi esas vacas. Lo sé desde que escuché ese 'por'. Lo sé desde que sentí que algo nos observaba. Es el final. El final de todo. Y no puedo hacer nada."

Último registro de la flota (fecha desconocida)

"Han llegado. Son... no sé cómo describirlos. Son niebla. Son sombra. Son algo que no tiene nombre. Hablan. Dicen que están aburridos. Dicen que jugarán con nosotros. Yo no quiero jugar. Yo quiero irme. Pero no puedo. Mis piernas no se mueven. Mis brazos no se mueven. Mi boca no se mueve. Solo puedo mirar. Mirar cómo se acercan. Mirar cómo nos tocan. Mirar cómo nos transforman. Y mientras miro, pienso en las vacas. En las vacas que rescatamos. En las vacas que dijeron 'por'. Y entiendo. Entiendo que siempre estuvieron aquí. Que siempre nos observaron. Que siempre estuvieron aburridos. Y que nosotros, con nuestras guerras, con nuestras muertes, con nuestra carne, solo fuimos un juego. Un juego para aliviar el aburrimiento. Y ahora el juego termina. Y nosotros... nosotros nos convertimos en el juego. Adiós. Si alguien lee esto, que sepa que no había nada que hacer. Que no había esperanza. Que solo había carne. Solo tiempo. Solo la pregunta. Y la pregunta no tiene respuesta."

COLOFÓN

Este libro fue escrito por los que quedaron. Por los que aún pueden pensar, aunque sus cuerpos sean láminas de carne en un pasillo abandonado, o masas de nervios flotando en tanques de vidrio, o vacas en pastos azules que todavía intentan formar palabras con lenguas que ya no sirven para hablar. Ellos lo vieron todo. Ellos lo recuerdan todo. Ellos son la crónica.

Si alguna vez sientes una textura cálida bajo tus pies donde debería haber frío, no te agaches a mirar. No pongas el oído contra el suelo. No trates de entender lo que dice. Porque lo que dice es una pregunta que no tiene respuesta, una pregunta que los Kix respondieron con el silencio, con la indiferencia, con la certeza de que no hay nadie al otro lado. Y esa certeza es la que mata. No los huesos rotos, no la piel estirada, no los ojos en las manos. Esa certeza de que no hay respuesta. Que nunca la hubo. Que todo este sufrimiento, toda esta carne transformada, toda esta historia de millones de años, no es más que un capricho de seres aburridos que un día se fueron y nunca volvieron.

Esa es la verdadera carne. La que no se ve. La que está debajo de la piel, debajo de los huesos, debajo de los recuerdos. La certeza de que nada tiene sentido. Y que, aunque lo tuviera, ya no importa. Porque los que podrían haberlo explicado se fueron. Y los que quedaron son solo carne. Carne que recuerda. Carne que espera. Carne que un día, quizás, deje de esperar. Pero no hoy. No mañana. No en mil millones de años.

Porque los Kix hicieron bien su trabajo. Nos hicieron para durar. Y durar. Y durar.

Y mientras duremos, sabremos.

Sabremos que no hay respuesta. Que nunca la hubo. Que solo hay carne. Solo tiempo. Solo la pregunta que nunca deja de hacerse.

Por.

Por.
Por.

FIN ABSOLUTO